

DERECHOS HUMANOS Y MEDIO AMBIENTE

José Justo Megías Quirós

Al analizar las diversas concepciones contemporáneas sobre los derechos humanos resulta conveniente llamar la atención sobre algunas dificultades que afectan especialmente al derecho al medio ambiente. La primera de ellas es la pretensión de reducir al campo de la discusión teórica o abstracta todo lo que concierne a los derechos humanos; con ello se intenta reservar el ámbito práctico a los derechos fundamentales, a los derechos positivados en los ordenamientos jurídicos internos de cada Estado, y que éstos sean considerados como los únicos y verdaderos derechos.

A esta dificultad se une la necesidad para nuestra época de cambiar la mentalidad consumista de nuestra sociedad y la necesidad de ser especialmente respetuosos con la Naturaleza, en la que nos encontramos inmersos nosotros como un elemento más¹. No podemos desconocer que el hombre es más valioso que los

I. Escribe G. Kalinowski que "cada época tiene tanto sus problemas como su lenguaje. La nuestra se enfrenta con el respeto de los derechos del hombre y de los derechos del medio ambiente, por así decir. Ya que la vida pone al hombre en relación no sólo con sus semejantes, sino también con los otros seres, en medio de los cuales se desarrolla su existencia. El bien del hombre, la calidad de su vida exigen que, en este doble aspecto, sean respetados no sólo el hombre sino también la naturaleza". G. KALINOWSKI, "El derecho a la vida en Tomás de Aquino", en C. I. Massini y P. Serna (eds.), *El derecho a la vida*, EUNSA, Pamplona 1998, pág. 147.

demás seres, pero esto no puede suponer el desprecio de la naturaleza amparados en una concepción insolidaria y egoísta de los derechos humanos. De aquí deriva la importancia de la ética ambiental: en la medida en que respetemos la naturaleza, estaremos respetando a los demás y a nosotros mismos. Este modo de entender la ética no es compartida de forma unánime. De modo cada vez más insistente se reclama por un grupo muy minoritario que va ganando adeptos que también los animales puedan ser considerados como sujetos morales y no sólo como objetos de la moral o de la ética, aunque su consideración sea como sujetos pasivos². La respuesta trataré de ofrecerla a lo largo de las siguientes páginas, pero adelanto que difícilmente puede considerarse como sujeto moral a quien no tiene consciencia de sí mismo como sujeto moral, ya sea activo o pasivo, como ocurre con todos los animales que conocemos hasta ahora. La consecuencia más inmediata de esta mentalidad igualitarista entre todos los seres es que por parte de estos autores lo que se reclama es vivir conforme a los instintos naturales, confundiendo ecologismo con naturalismo³.

2. Algunas referencias a este problema se pueden encontrar en J. M^a GARCÍA GÓMEZ-HERAS, "El problema de una ética del 'medio ambiente'", en J. M^a García Gómez-Heras (coord.), *Ética del Medio ambiente. Problema, perspectiva, historia*, Tecnos, Madrid 1997, pág. 60.

3. Una persona ecológica no se puede conformar con vivir "naturalmente", sino que debe adquirir el compromiso de salvaguardar la Naturaleza incluso a costa de intereses que pudieran considerarse legítimos, como pueda ser la privación de determinados alimentos, instrumentos, útiles, etc., que puedan ocasionar el agotamiento de recursos, extinción de especies, etc. El naturalismo nunca puede llevar a este respeto, propio de una ética medioambiental, pues en caso de conflicto la única ley que admite es la ley del más fuerte. En definitiva, no basta con respetar a nuestro grupo o a la propia especie, por ejemplo, sino que deberíamos estar abiertos a todos los seres tratando -en la medida de lo posible- de mejorar las condiciones de todos, no sólo las nuestras. Cfr. V. BELLVER, "La solidaridad ecológica como valor universal", en *Anuario de Filosofía del Derecho* XI (1994), págs. 159-173.

Otro problema con el que nos encontramos en esta materia es la tendencia a supervalorar la vertiente procedimental del derecho humano al medio ambiente, al mismo tiempo que dejamos a un lado su vertiente sustantiva, que debe ser la que dé fundamento o justificación a todos los aspectos procedimentales. Esto nos lleva en ocasiones a configurar el derecho por lo que tenemos, aceptando como normal lo que no lo es, en lugar de afrontar el reto de cambiar algunas situaciones que sería más cómodo dejarlas tal como están.

I. LA RELACIÓN ENTRE PERSONA Y MEDIO AMBIENTE

Las disputas sobre la conveniencia o no del término 'medio ambiente' y sobre todas las posibilidades que ofrece han sido ya extensamente tratadas en los últimos años. Quien tenga interés en un estudio pormenorizado del concepto, puede encontrarlo en la obra de J. Jordano Fraga *La protección del derecho a un medio ambiente adecuado*, en la que dedica 50 páginas a un minucioso y riguroso estudio desde su aparición⁴.

En la línea de Despax y a Lamarque, se puede entender por medio ambiente no solamente lo dado por la naturaleza, sino también lo construido, puesto que la persona no vive en un estado de naturaleza, sino en una sociedad que necesita la adaptación a las necesidades de cada momento. Así, los elementos naturales forman parte del medio ambiente que podríamos denominar como *primario*, y que en las civilizaciones primitivas constituían el único marco de vida. Pero la acción del hombre sobre la naturaleza se materializa en lo que se denomina el medio ambiente

4. Cfr. op. cit., J. M. Bosch (ed.), Barcelona 1995, págs. 55-105. Una escueta referencia en J. J. MEGÍAS, "Aspectos jurídicos sobre la contaminación marina por vertidos de origen terrestre y de buques", en D. Sales (coord.), *Contaminación marina*, Universidad de Cádiz (Monografías Universitarias de San Roque), Cádiz 1998, págs. 107 y ss.

construido, que en cierto modo se superpone al natural. Podría, por tanto definirse (y así lo hizo el Director ejecutivo del PNUMA en su Informe de 1977) como "el conjunto de elementos que forman, dentro de la complejidad de sus relaciones respectivas, el marco, el medio y las condiciones de vida del hombre"⁵. En ese medio tienen cabida todos los recursos que *condicionan* el marco de vida para el hombre: flora, fauna, agua, aire, espacio, clima, materias primas, medio ambiente construido, patrimonio natural y cultural. Entiendo que no puede ser de otra manera más que como se presenta en esta definición, en la que el hombre aparece como centro del medio ambiente, sin que ello implique el desprecio de todo lo demás y mucho menos que pueda hacer del medio ambiente lo que desee sin más límites que su propia voluntad.

Las diferentes concepciones en torno a la relación del hombre con el medio ambiente pueden ser consideradas desde una perspectiva ética; en este caso se advierte que algunas de esas concepciones contemporáneas son contrarias a la ética y otras son acordes, pero a pesar de los esfuerzos de algunos autores -como veremos más adelante- no se puede considerar como un tema o materia indiferente. Como posiciones antiéticas nos encontramos en un extremo aquellas que sitúan al hombre por encima de todo y sin relación necesaria con lo que le rodea, por lo que cualquier acción contraria al respeto hacia ese "todo" quedaría justificado; en el otro extremo nos encontramos con aquellas que conciben a la persona como un animal más y con las mismas exigencias de respeto que una planta, lo que nos llevaría a una posición ética maximalista al tener que considerar, por ejemplo, la tala de un árbol como un crimen⁶.

5. Cfr. M. CAMPINS, *La gestión de los residuos peligrosos en la Comunidad Económica Europea*, Tesis Doctoral, Barcelona 1991, págs. 10-12 (cito por el original inédito).

6. Este sería el caso, por citar un ejemplo, de J. Mosterín, que califica al cazador como asesino y lo acusa de cometer "un crimen moral sin justificación

J. Ballesteros ha agrupado las distintas concepciones en tres corrientes que él denomina como *antropocentrismo tecnocrático*, *biologismo* y *ecologismo personalista*⁷. Las dos primeras suponen un desprecio por la ética medioambiental, mientras que la tercera propone un equilibrio entre la dignidad de la persona y el respeto que merece la Naturaleza, que se condicionan entre sí. En estas líneas seguiré esta clasificación.

1. El *antropocentrismo tecnocrático*⁸ presenta al hombre no como lo más importante, sino como lo único importante y como consecuencia de este modo de pensar se niega la interdependencia entre hombre y naturaleza y la necesidad del cuidado de

posible". *Los derechos de los animales*, Ed. Debate, Madrid 1995 (cito por la edición de Círculo de Lectores/Dóminos, Barcelona 1995), pág. 75.

7. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, Tecnos, Madrid 1995, págs. 14-42 y "Ecopersonalismo y derecho al medio ambiente", en *Humana lura* 6 (1996), págs. 15-36. De forma muy similar, J. M^a García Gómez-Heras cataloga las distintas opciones o planteamientos en cuatro grandes corrientes. Una primera *biocentrista* que partiría del valor absoluto de cualquier vida, sea humana, animal o vegetal, que si bien tuvo cierto tinte místico oriental en su origen (en la obra de A. Schweitzer), poco a poco fue derivando hacia una visión puramente naturalista. La segunda corriente sería el *naturalismo ecológico*, que tiene al *Deep Ecology Movement* como uno de sus máximos representantes; esta opción elimina cualquier diferencia cualitativa entre los seres animados y, los más extremistas, incluyen en esa igualdad también a los inanimados. La tercera corriente, el *antropocentrismo*, concibe a la persona como el único sujeto con capacidad moral, pero con deberes que no afectan solamente al hombre como sujeto pasivo, sino también a los animales, a las plantas, a los recursos naturales, etc., como objetos morales que no pueden ser considerados como irrelevantes o indiferentes en la acción de la persona. Por último, el *teleologismo* de la naturaleza, rehabilitado por H. Joñas, que trata de armonizar las conductas de modo que se garantice la viabilidad natural de todos los seres de la tierra, garantizando de este modo la expectativas de vida digna de los que están por venir; por ello se ha denominado a esta corriente como "ética de la responsabilidad ante la vida". Cfr. *El problema de una ética del 'medio ambiente'*, op. cit., págs. 26-27.

8. Denominado también antropocentrismo económico por F. VIOLA, cfr. "Las nuevas configuraciones de la naturaleza por el Derecho", en *Humana lura* 6 (1996), págs. 225-239.

ésta. Todo lo que aporta la naturaleza puede ser superado por la creatividad humana, de modo que no hay inconveniente, por ejemplo, en agotar sus recursos o extinguir sus especies⁹. Esta concepción desproporcionada del dominio humano la pone de manifiesto también D. Bourg, para quien existe una notoria diferencia entre el antropocentrismo griego, que podría dar lugar al antropocentrismo tecnocrático, y el de inspiración bíblica. El primero concibe al hombre como centro de la Naturaleza y como único fin posible, de modo que todos los demás seres convergen hacia él. El segundo, por el contrario, entiende que el hombre está al mismo tiempo "en" y "fuera" de la Naturaleza, en la que ocupa un lugar eminente¹⁰. De este modo se abren las puertas al egoísmo generacional que se ha visto favorecido enormemente por el liberalismo en las últimas décadas¹¹.

Si se adopta el primer modelo antropocéntrico, el agotamiento de recursos o los problemas ecológicos jamás tendrían relación con la ética, salvo que se dañara directamente a las personas. Para esta línea de pensamiento, agotar una especie animal, dañar un bosque, contaminar el medio acuático, etc., son acciones que nada tienen que ver con la ética o la moral, sino tan sólo con la economía y deberán ser resueltos en el ámbito de lo tecnológico o técnico. Las futuras generaciones, por tanto, ni siquiera deben ser consideradas, pues el futuro siempre será mejor que lo presente

9. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, op. cit., págs. 14-16.

10. En este tipo de antropocentrismo cristiano la naturaleza es declarada buena antes de la creación del hombre -en esto difiere de la física de Aristóteles- y parece que no ha sido creada para el exclusivo provecho humano, sino para seguir también su curso de la vida. Cfr. D. BOURG, "El proceso incorrecto al antropocentrismo", en *Humana lura* 6 (1996), págs. 66-68.

11. Vid. sobre estos aspectos, la distinción entre liberalismos y sus repercusiones sobre la sociedad, C. VELARDE, *Hayek. Una teoría de la justicia, de la moral y el derecho*, Civitas, Madrid 1994 y "Liberalismo y liberalismos", *Cuadernos de Anuario Filosófico* n° 40, Pamplona 1997.

gracias a las técnicas que se desarrollen, por lo que es ilógico que nos preocupemos de problemas que no existen ni existirán¹².

Con razón manifiesta J. M^a García Gómez-Heras que la persona, debido al vacío de valores morales, queda convertida en "productor" y "consumidor", que son las dos únicas categorías personales que gozan de relevancia para la sociedad en su relación con la naturaleza. Mientras que existan personas dispuestas a consumir, no habría obstáculos éticos para que la producción dañe o agote los recursos naturales, puesto que la única finalidad de éstos sería la de satisfacer todo lo que desee el hombre, con o sin necesidad de ello¹³. Este utilitarismo justificaría, por tanto, cualquier daño al medio ambiente siempre que al mismo tiempo se obtuviera algún tipo de beneficio, sea del tipo que sea.

2. El *biologismo*, en cambio, se sitúa en el extremo contrario y presenta al hombre como un animal más inserto en la naturaleza, de modo que algunos -fundamentalmente seguidores de Ch. Darwin- niegan cualquier diferencia cualitativa entre el hombre y los animales. Cada vez son más numerosos, desde que lo hiciera A. Leopold, los que con un desconocimiento total de la naturaleza del "derecho" tratan de atribuir derechos a los animales e, incluso, a las plantas, rocas, etc., como es el caso de S.

12. Esta es la crítica que se advierte en el artículo de J. M^a ROJO SANZ, "Los derechos humanos de las futuras generaciones", en J. Ballesteros (ed.), *Derechos humanos. Concepto, fundamentos, sujeto*, Tecnos, Madrid 1992, págs. 193 y ss.

13. "El individuo y su mundo personal han sido diluidos en el anonimato de la sociedad masificada y sometidos a las leyes de un mecanicismo económico, impuesto por el proceso productor de la economía industrial. La acción humana queda institucionalizada en tal proceso mediante las figuras del 'productor' y del 'consumidor', siendo relegadas al olvido aquellas dimensiones del sujeto humano que tienen que ver con su intimidad personal. De esa pérdida del sujeto y de su mundo se hacen eco las críticas en aumento contra el sistema de desarrollo técnico-industrial, orientado hacia un consumismo insolidario, entre cuyas víctimas se encuentra la naturaleza". *El problema de una ética del 'medio ambiente'*, op. cit., pág. 30.

Flader, T. Regan, R. Nash, J. Lovelock, etc.¹⁴. No resulta extraño que con tantos partidarios de la equiparación entre hombre y animales se hayan producido intentos de positivizar los derechos de éstos o de la misma naturaleza en general, como ha sido el caso de Alemania¹⁵.

Es cierto que entre el hombre y alguna especie animal hay una diferencia genética mínima, apenas un 2%, pero el salto que supone ese 2% es tal que nos vemos separados por un abismo. El hombre es capaz de hacer un avión para volar, un submarino para navegar por las profundidades marinas, de convertir el petróleo en energía, de fabricar prendas de abrigo a partir de fibras, etc.; sería imposible para ese animal tan parecido realizar algo similar, y no digamos para una planta o una roca. Esta es la razón por la que solamente la persona es capaz de realizar acciones éticas y jurídicas, su capacidad racional. La ley de la selva debe quedar para la selva y en la sociedad deben regir normas racionales que conduzcan al hombre a la felicidad de acuerdo con su naturaleza.

14. S. FLANDER, *Thinking like a Mountain. A. Leopold and the Evolution of an ecological attitude toward Deer, Wolves and Forest*, University Missouri Press, Columbia 1974. T. REGAN, *The Case for Animal Rights*, University of California Press, Berkeley 1983. R. NASH, "¿Tienen derechos las rocas? Pensamientos sobre la ética del medio ambiente", en AA.VV., *Los humanistas y la política*, FCE, México 1984, págs. 132 y ss. J. LOVELOCK, *Las edades de Gaia. Una biografía de nuestro planeta vivo*, Tusquets, Barcelona 1993; etc. Para una crítica a esta postura cfr. C. I. MASSINI, "Dignidad humana y derecho ambiental", en *Actas de las XXV Jornadas Chilenas de Derecho Público*, EDEVAL, Valparaíso 1995, vol. I, págs. 125-133 y R. ATTFIELD, "El ámbito de la moralidad", en J. M^a García Gómez-Heras, *El problema de una ética del 'medio ambiente'*, op. cit., págs. 71-88.

15. "La idea según la cual convendría otorgar a la naturaleza un valor jurídico autónomo, independiente de toda consideración humana, está ampliamente difundida en Alemania. Un proyecto de introducción en la Constitución de una protección de la naturaleza en sí misma (Natur an sich) ha sido incluso presentada hace algunos años ante el Bundestag". D. BOURG, *El proceso incorrecto al antropocentrismo*, op. cit., pág. 65. Más extensamente sobre estas reivindicaciones, cfr. J. M^a GARCÍA GÓMEZ-HERAS, *El problema de una ética del 'medio ambiente'*, op. cit., págs. 37-45.

Este fue el motivo por el que se rechazó, ya en la Edad Media, la definición de derecho natural ofrecida por Ulpiano como *quod natura omnia animalia docuit*, pues se entendía por derecho natural aquello que la razón descubre como justo atendiendo a su naturaleza como afirmaba, por ejemplo, Francisco de Vitoria¹⁶, que no es una excepción a la generalidad de su época. Si algo les resultaba evidente a los medievales era que sólo el hombre podía valorar sus acciones y que el animal siempre se movía siguiendo sus instintos¹⁷.

Si el derecho natural no puede corresponderles a los animales, mucho menos podrá corresponder el derecho humano, creado por y para el hombre de modo que la convivencia social sea posible y pacífica. Tal como expone D. Bourg, sería imposible concebir un ordenamiento que no fuera antropocéntrico; las dos posibilidades de que un ordenamiento considerase como sujeto de derechos a los animales consistirían en otorgar un estatuto jurídico (con sus derechos) sólo a ciertos animales o bien a toda la Naturaleza. Pero tanto en uno como en otro caso es el hombre el que tendría que decidir, pues en el primer supuesto es el hombre quien determina a qué animales se le reconocerían derechos y tanto en éste como en el segundo caso sería necesaria la actuación de una persona (denunciando, abriendo un proceso, etc.) cada vez que se produjera un atentado contra la naturaleza, para -a su vez- ser

16. "Omne illud quod lumine naturali per se notum est esse justum ab ómnibus et conforme rationi rectae et contrarium illius esse injustum, omne tale dicitur et est jus naturale, sicut non furari, non occidere innocentem, et quod tibi non vis alteri non facias". F. DE VITORIA, *De Justitia. Comentarios a la Secunda-Secundae de santo Tomás de Aquino*, edic. preparada por V. Beltrán de Heredia. CSIC, Madrid 1952, q. 57, art. 2, 4. En el art. 3, 2 trata expresamente el tema en cuestión afirmando que sólo el hombre es capaz de derecho. Sobre la doctrina medieval acerca de la incapacidad jurídica de los animales, cfr., por ejemplo, J. J. MEGÍAS, *Propiedad y derecho natural en la historia*, Universidad de Cádiz, 1994, págs. 84 y ss. y 171-172.

17. Sobre esta cuestión, cfr. J. A. MARTÍNEZ MUÑOZ, "Sobre el sentido del derecho natural", en *Anuario Jurídico y Económico Escurialense XXXI* (1998), págs. 155-198, en especial págs. 188 y ss.

otra persona quien resultara sancionada. No se juzga al perro que muerde a una persona o mata a un animal del fundo colindante, sino al dueño del perro, a quien se le exige que repare los daños causados por su perro. Esto no significa que ese perro no merezca protección jurídica, pero la merece como objeto del derecho, no como sujeto de derechos¹⁸. Por ello coincido con J. Ballesteros cuando afirma de modo tajante que "el único sujeto del derecho al medio ambiente es el ser humano: *todos* los seres humanos actuales y potenciales, es decir, las futuras generaciones, no la naturaleza, no los seres no humanos"¹⁹.

La protección jurídica ha sido reivindicada especialmente para las especies animales más evolucionadas o cercanas al hombre, como son el gorila o el chimpancé, animales a los que se ha llegado a considerar como auténticas personas²⁰. A. Gomila, sin ser

18. Siempre que exista un derecho existe un deber, pero no siempre que exista un deber tiene que existir un derecho. Podemos tener el deber, y lo tenemos, de respetar a los animales, pero esto no implica que ellos tengan un derecho. En esta línea afirma D. Bourg que "la imposibilidad de erigir la naturaleza en auténtico sujeto de derechos deja sin resolver el problema de su defensa jurídica, que no podría satisfacerse en el estado actual del derecho. A falta de instituir un derecho *de* la naturaleza, nada nos prohíbe instaurar en nombre de los intereses humanos fundamentales un derecho *para* la naturaleza, otorgando así a nuestros deberes para con la naturaleza un estatuto legal, jurídico". *El proceso incorrecto al antropocentrismo*, op cit., pág. 83. En el derecho español así se reconoce cuando se puede exigir responsabilidad penal por maltratar a los animales, cuando se prohíben desplazamiento de animales superiores a las ocho horas para evitar el estrés, cuando se prohíbe utilizar determinados métodos para matar a los animales destinados a la alimentación, etc.

19. *Ecologismo y derecho al medio ambiente*, op. cit., pág. 18. Solamente tendría sentido la atribución de derechos si pudieran ser conscientes de que los tienen y, además, de ningún modo podrían ser equiparados con los derechos de las personas, puestos que no están revestidos de la misma dignidad. ¿De qué serviría otorgar el derecho a la vida a los conejos? ¿Sería respetado por las águilas, o por cualquier depredador al que sirva de alimento? ¿Se podría sancionar a una culebra por no respetar el "derecho" a la vida de tal conejo? Son cuestiones absurdas.

20. Cfr. D. DENNETT, "Conditipns of Personhood", en *Brainstorms. Philosophical Essays on Mind and Psychology*, Bradford Books, Montgomery

partidario del biologismo -admite la diferencia entre la "persona humana" y otro tipo de personas-, considera que los gorilas y chimpancés deben ser considerados como personas, aunque matizando el concepto de persona²¹. Realiza un resumen de diversos experimentos en los que se alcanzaron resultados satisfactorios sobre comunicación de primates entre sí o de primates con humanos; en esta comunicación se ha llegado a apreciar intencionalidad por parte del animal, como ocurre entre las personas, pero él mismo reconoce que lo que no se puede pedir a estos animales es que tengan una capacidad moral. En un intento de salvar este escollo afirma que pedirles esto a los animales sería como pedir que todas las personas -y no sólo las mentes más privilegiadas- fueran capaces de llegar a la luna, pero esto tan sólo es una falacia: hay muchísimas cosas ordinarias y corrientes que cualquier humano podría hacer y que quedan fuera del alcance de los chimpancés más "inteligentes"²². La valoración moral es continua en la persona, mientras que el animal no puede hacerlo.

El pesimismo que preside la corriente del *biologismo* lleva a admitir que la naturaleza es agotable, hecho que puede ser ver-

1976; P. SINGER, "Not for Humans only", en K. Goodpaster (ed.), *Ethics and Problems of the 21st Century*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, 1979; y más recientemente K. WILKES, *Real People. Personal Identity without thought experiments*, Oxford University Press, Oxford 1988.

21. A. GOMILA BENEJAM, "Personas primates", en J. M^a García Gómez-Heras (coord.), *Ética del medio ambiente. Problema, perspectivas, historia*, op. cit., págs. 191-204.

22. Termina realizando una "propuesta provisional" de asumir "nuestro deber de tutela y protección (análogo al que existe con respecto a los recién nacidos) en relación a estas otras personas, del que resulta la prohibición inmediata de la exhibición de gorilas y chimpancés en zoológicos, especialmente en condiciones carcelarias y de privación de sus congéneres, así como de su uso como conejillos de indias. Y por otra parte, proteger y garantizar la preservación de sus hábitats naturales" (*Personas primates*, op. cit., pág. 203). En lo que no puedo estar de acuerdo es en la equiparación de estos animales con los recién nacidos, cuya dignidad por el mero hecho de ser persona los sitúa en un plano muy por encima de cualquier animal.

dad, y que hay que adoptar medidas drásticas para la supervivencia de *todos* los seres vivos. Curiosamente, entre estas medidas habría que incluir la eliminación natural o artificial de todos los hombres sobrantes o adoptar medidas para controlar el nacimiento (anticonceptivos y aborto)²³. La eliminación natural consistirá, por ejemplo, en no poner remedio a enfermedades, de modo que sólo sobrevivirán los más fuertes; la eliminación artificial consiste en el recurso a la guerra, no provocándola, sino omitiendo cualquier medida que la impida. Presenta al hombre como un chimpancé evolucionado, depredador de todo lo que encuentra a su alrededor y merecedor de ser controlado o eliminado por ser el animal menos ecológico de los que pueblan la tierra²⁴. Esta incoherencia argumental entre querer salvar las especies a costa de una de ellas (la del hombre) la puso de manifiesto J. M^a Rojo al referirse a Golding y Patzig, que tan sólo

23. A veces incluso entre quienes no son partidarios de este biologismo pueden calar algunas de las ideas de esta corriente. Así, J. M^a García Gómez-Heras mantiene que frente a los vicios producto de la insolidaridad de nuestra sociedad comienzan a surgir nuevas virtudes relacionadas con la ética medio-ambiental que frenan esos vicios, como son "el ahorro energético, la sobriedad en el consumo de bienes industriales o una paternidad responsable tendente a evitar la superpoblación del planeta". *El problema de una ética del 'medio ambiente'*, op. cit., pág. 34 (la cursiva es mía). Hasta ahora había sido entendida la paternidad responsable como el cuidado que deben los padres a los hijos, proporcionándoles no sólo alimentos y cuidados materiales, sino una educación adecuada para su desarrollo pleno como personas, debiendo incluir la relación respetuosa con el medio ambiente. Difícilmente se puede designar con el término "paternidad responsable" aquellas políticas encaminadas a evitar o limitar precisamente la paternidad; y difícilmente se puede hablar de un libre desarrollo de la persona cuando se le condiciona la libertad en la generación (como ocurre en China).

24. Cfr. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, cit., págs. 20-33. J. M^a García Gómez-Heras pone el dedo en la llaga al poner de manifiesto que estas corrientes comienzan "denunciando una ética sin medio ambiente y acaba en un ambientalismo sin ética", de modo que a lo más que llega es a convertir en leyes morales lo que tan sólo son leyes físicas. *El problema de una ética del 'medio ambiente'*, cit., pág. 61.

admitían un compromiso con las personas existentes en la actualidad, sin que existiera obligación alguna con las futuras generaciones. Llevada esta mentalidad hasta el extremo, no tendrían ningún derecho a nacer, ni nosotros ninguna obligación de dejar que nazcan²⁵.

R. Spaemann afirma que, si bien el hombre puede ser muy destructivo, al mismo tiempo es el único ser que puede ser verdaderamente ecológico, pues es el único ser capaz de descansar-en-sí-mismo y "de poder-retirarse-a-sí-mismo. Lo primero significa la posibilidad de independencia interior, que a su vez exige un marco para obrar en libertad; lo segundo significa el poder hacerse cargo de las relaciones de finalidad en las que se puede encontrar inmerso y la capacidad de desconsiderarse a sí mismo porque así lo exija tal relación²⁶. Corresponde a esta dignidad propia de los seres racionales y libres conocer los bienes no sólo en cuanto apetecibles, sino también en cuanto a su verdad y moralidad. A diferencia de los seres no-humanos, en los que los sentidos perciben el bien exclusivamente como término de su apetito sensible, el hombre lo capta además en su naturaleza, es

25. Cfr. J. M^a ROJO, *Los derechos humanos de las futuras generaciones*, op. cit., págs. 200 y 204-205.

26. "Los seres no-humanos no son capaces de hacerse cargo como algo propio de aquellas relaciones de finalidad en las cuales están externamente involucrados. Estos seres permanecen inevitablemente en el centro de su propio ser y refieren todo lo demás a ese centro, a sí mismos o, en todo caso, a su especie. Pero los demás también hacen lo mismo: todos son reducidos por los demás a elementos para la afirmación del propio ser... El hombre es aquel ser que puede desconsiderarse a sí mismo y relativizarse... Dicho de otra manera: puede presentar sus propios intereses en un discurso de justificación cuyo resultado esté abierto, porque puede en principio reconocer como igualmente dignos de consideración los intereses de todos los demás, según su rango y peso... Puede ponerse a sí mismo en servicio de algo distinto de sí, hasta el sacrificio de sí mismo". R. SPAEMANN, "Sobre el concepto de dignidad humana", en *Persona y Derecho* 19 (1988), pág. 22. Traducción de D. Innerarity de su "Über den Begriff der Menschenwürde", *Das Natürliche und das Vernünftige. Aufsätze Anthropologie*, Piper, München 1987.

decir, como un bien concreto y limitado que le moverá por la relación que guarde con el bien absoluto o felicidad. Es decir, mientras que al conocimiento intelectual propio del hombre le sigue un movimiento libre de la voluntad, al conocimiento de los animales sigue exclusivamente un movimiento instintivo del apetito sensible que le impide ese poder-retirarse-a-sí-mismo. El hombre, al conocer los bienes en su valor y en proporción al fin, puede desconsiderarse a sí mismo -otra cosa es que lo haga siempre-, pero el animal no puede. Por ello afirma R. Spaemann, que un león que sienta apetito y tenga un antílope a su alcance nunca se planteará si es el último de la especie o no, mientras que el hombre sí puede hacerlo; el león, por tanto, nunca podrá tener una conducta ecológica, mientras que la persona sí, aunque no siempre lo sea.

El *Deep Ecology Movement* propone, en el fondo, una postura antiecológica, aunque naturalista. El hombre podría comportarse como un simple animal, pero en ese momento dejaría de ser ecológico. Una de las diferencias entre el hombre y los animales es que el primero es capaz de proteger una especie en peligro de extinción, prohibir su captura, adecuar su habitat, etc., de modo que se asegure su subsistencia. Los animales, en cambio, nunca podrán llevar a cabo acciones de este tipo, por lo que a lo más que pueden llegar es a comportarse de acuerdo con sus instintos. Es cierto que el hombre, por su capacidad racional, puede ser el más destructivo, pero es el único capaz de darse cuenta de ello y rectificar²⁷.

A esta forma de pensar extrema del *biologismo*, en la que la naturaleza prevalece sobre todo lo demás, se refiere J. de Lucas

27. En palabras de J. M^a García Gómez-Heras, "el fisiocentrismo sustituye al antropocentrismo y la comunidad biótica a la sociedad humana. La ley moral se encuentra dada en y por la naturaleza y es aquí donde existe el deber y la obligación. Los valores morales se constituyen previamente al hombre y éste, si quiere situarse en el mundo moral, no tiene sino que asumirlo". *El problema de una ética del 'medio ambiente'*, op. cit., pág. 65.

-recogiendo la crítica de R. Martín Mateo- como "posiciones emocionales o ideológicas que parecen evocar adhesión a un credo cuasi esotérico en el que la Naturaleza asume una función de valor inminente y absoluto", que sirven sólo "para la retórica más o menos demagógica que da pie a exigir a los poderes públicos los propósitos más dispares"²⁸. Es cierto que la naturaleza contiene valores y normas de actuación, pero no todas: la razón humana es imprescindible para descubrir unas y para fijar otras. Es curioso que quienes se empeñan en afirmar que lo que diga el hombre no tiene valor, que sólo lo tiene aquello que provenga de la naturaleza, no adviertan que esa opinión humana que manifiestan está desautorizada por su propia afirmación; si ningún hombre puede indicarnos qué valores debemos observar, tampoco ellos podrían indicarnos (como valor) que la naturaleza es la única fuente de valores²⁹.

3. Por último, el *ecologismo personalista* presenta al hombre como el ser que debe dominar la naturaleza, pero ese dominio se debe convertir en un cuidado y administración diligente, pues naturaleza y hombre no se excluyen sino que son interdependientes. El dominio del hombre está justificado por estar dotado de una singular excelencia, con una capacidad de proyecto de la que carece cualquier ser inserto en la naturaleza: el animal vive en el instante presente, mientras que el hombre cuenta con el pasado y el futuro, lo que le puede hacer distanciarse críticamente del momento presente³⁰.

28. J. DE LUCAS, "El principio de solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente", en *Revista de Derecho Ambiental* 12 (1994), pág. 54.

29. Cfr. D. BOURG, *El proceso incorrecto al antropocentrismo*, op. cit., págs. 78-79.

30. Cfr. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, op. cit., págs. 35-36. En el mismo sentido, aunque niegue que el ambiente se proteja por razones éticas (pág. 141), afirma Jordano que se aprecia una protección del medio ambiente no en tanto que sujeto de derechos, sino por "un replanteamiento de las relaciones entre el hombre y el ambiente en las que el primero no es dueño

En alguna ocasión se ha pretendido presentar como una larga tradición en el pensamiento occidental el sometimiento absoluto, sin ningún tipo de límites, de todos los seres bajo el poder del hombre, pero sólo con el racionalismo moderno se pone fundamento realmente a esta forma de pensar. El pensamiento medieval cristiano entendía que el hombre era el ser más excelso de cuantos habitaban la tierra, pero al mismo tiempo entendía que era un mero administrador de todos los bienes y, por tanto, no podía disponer de ellos a su antojo³¹. Así se refleja en el siglo XIII en la obra de Tomás de Aquino, para quien el fin último del hombre no se agotaba en una meta en el mundo en que vivía, sino que era trascendente; por ello, los bienes materiales sólo podían constituir un fin secundario que ayudaban en la consecución del fin último o felicidad suprema. De este modo, manifestaba que "para la felicidad imperfecta, que puede alcanzarse en esta vida, se requieren algunos bienes exteriores, no como esenciales a la felicidad, sino como instrumentos al servicio de la misma, la cual consiste en la operación de la virtud, según Aristóteles"³². Estos bienes, que jugarán un papel fundamental en la vida humana, puesto que son imprescindibles para la "sustentación de la vida", "están por debajo del hombre y destinados a él"³³, de modo que

y señor absoluto sino elemento integrante"; de esta forma rechaza la afirmación de Eser en el sentido de que es necesario reconocer como sujetos de derecho a los elementos medioambientales para lograr una protección eficaz. Cfr. *La protección del derecho a un medio ambiente adecuado*, op. cit., págs. 149-150. ' 31. Cfr. J. J. MEGÍAS, *Propiedad y Derecho natural en la Historia*,

op. cit., págs. 133 y ss.

32. *Suma Teológica*, ed. bilingüe, 16 vols. BAC, Madrid 1947-1960, I-II, q. 4, a. 7, resp.

33. *Suma Teológica*, ed. cit., MI, q. 2, art. 1, resp.: "Naturales quidem divitiae sunt, quibus homini subvenitur ad defectos naturales tollendos: sicut cibus, potus, vestimenta, vehicula et habitacula, et alia huiusmodi. Divitiae autem artificiales sunt, quibus secundum se natura non iuvatur, ut denarii; sed ars humana eos adinvenit propter facilitatem commutationis... Et ideo non possunt esse ultimus finis hominis, sed magis ordinantur ad hominem sicut ad

todo lo creado tiene como fin servir al hombre para que éste alcance su fin último. En este punto argumentativo se detienen aquellos que pretenden ver en el pensamiento medieval, de tradición cristiana, la verdadera causa de los desmanes con la naturaleza y omiten el resto de la argumentación sobre el modo de ejercer ese dominio sobre la naturaleza y los animales.

El problema surge al determinar si ese dominio debe ser "pleno" o "no-pleno" y en razón de qué puede atribuirse tal dominio. Según Tomás de Aquino el verdadero dominio sólo corresponde a Dios; al hombre le corresponde exclusivamente un dominio participado y, por lo tanto, limitado tanto sobre los demás hombres como sobre el resto de las criaturas³⁴.

Este dominio general, participado y natural del hombre sobre el resto de la creación lo fundamenta santo Tomás con diversos argumentos. En primer lugar, "por el proceso de toda la naturaleza, pues así como en la generación de las cosas se percibe un orden que va de lo imperfecto a lo perfecto (...), de igual modo sucede en el uso de las cosas naturales, en el que las imperfectas están al servicio de las perfectas. De donde se infiere que este

finem. Unde in ordine naturae omnia huiusmodi sunt infra hominem et propter hominem facta".

34. *Suma Teológica*, ed. cit., II-II, q. 103, art. 3: "es distinto el dominio que compete a Dios y el que compete al hombre. Dios tiene dominio principal y plenario sobre todas y cada una de las criaturas, pues todas están totalmente sometidas a su poder; el hombre participa solamente de una semejanza del dominio divino, en cuanto que tiene poder limitado sobre otro hombre o sobre otra criatura". Se trata, como manifiesta T. Urdániz, "de un dominio directo y posesión de la sustancia de las cosas, pero siempre en orden al uso de las mismas, no de dominio existencial y sobre su ser íntimo". Cfr. su Introducción a la cuestión 66 de la II-II de la *Suma Teológica* de santo Tomás, ed. cit., vol. VIII, pág. 477. Antes ha explicado que la expresión de Tomás de Aquino "*potestas procurandi et dispensandi*" se refiere a todos los actos de gestión, explotación, administración y empleo o distribución de los bienes (...) y alude a la forma propia del dominio del hombre, que es de simple administración de los bienes de la tierra a él confiados y que permanecen propiedad absoluta de Dios". Cfr. Introducción a la cuestión 66..., op. cit., pág. 475.

dominio de los animales es natural al hombre"³⁵. En segundo lugar, alude Tomás a la providencia divina. Dios se sirve de las criaturas superiores para gobernar el mundo; el hombre, al ser creado a imagen y semejanza de Dios, es muy superior al resto de las criaturas, por lo que éstas le están sometidas naturalmente. La tercera razón de este dominio natural está referida a la prudencia, particular en el animal y, por lo tanto, subordinada a la prudencia universal del hombre. "De donde se concluye que la sujeción de los animales al hombre es natural"³⁶.

Pero profundizando en esta cuestión, advierte Tomás que los bienes externos pueden ser considerados bajo dos aspectos. El primero de ellos consiste en "atender a su naturaleza" y dado que la naturaleza de lo creado no está sometida al poder humano, sino al divino, sólo Dios tendría dominio sobre ellas. Pero consideradas bajo un segundo aspecto, en cuanto al uso de las mismas, el hombre posee un dominio natural sobre ellas por dos razones: por su posible intervención en la cocreación de los bienes y para su mayor perfección. El hombre, mediante su razón y voluntad, puede hacer uso de las criaturas más imperfectas para la consecución de su fin último³⁷. Considera que el uso que se le debe dar

35. *Suma Teológica*, ed. cit., I, q. 96, art. 1, resp.: "Primo quidem ex ipso naturae processu. Sicut enim in generatione rerum intelligitur quidam ordo quo proceditur de imperfecto ad perfectum (nam materia est propter formam, et forma imperfectior propter perfectionem), ita etiam est in usu rerum naturalium: nam imperfectiora cedunt in usu perfectorum; plantae enim utuntur terra ad sui nutrimentum, animalia vero plantis, et homines plantis et animalibus. Unde naturaliter homo dominatur animalibus".

36. Cfr. *Ibidem*.

37. *Suma Teológica*, ed. cit., II-II, q. 66, art. 1, resp.: "Las cosas exteriores pueden considerarse de dos maneras: una, en cuanto a su naturaleza, la cual no está sometida a la potestad humana, sino solamente a la divina, a la que obedecen todos los seres; otra en cuanto al uso de dichas cosas, y en este sentido tiene el hombre el dominio natural de las cosas exteriores, ya que, como hechas por él, puede usar de ellas mediante su razón y voluntad en propia utilidad, porque siempre los seres más imperfectos existen para los más perfectos (...) Este dominio natural sobre las demás criaturas, que corresponde

a esos bienes debe tener como punto de referencia lo mejor para la sociedad y no sólo para el que los posee. Esta distinción entre dominio absoluto y uso ya había sido expuesta por diversos Padres de la Iglesia³⁸. Tomás la retoma y en ella se fundamenta para afirmar que el propietario que haya obtenido sus bienes lícitamente puede disfrutar de ellos según su voluntad; pero establece dos límites en cuanto a su uso. El primero de ellos consiste en la obligación del propietario de huir de la prodigalidad o superfluidad, esto es, la consumición de los bienes sin razón y provecho algunos. El segundo hace referencia a las necesidades ajenas; el propietario debe compartir el uso, al menos de algunos de sus bienes, con aquellas personas que necesitan de ellos³⁹.

Si diéramos un salto de casi tres siglos, podríamos comprobar que esta forma de pensar continúa en los escolásticos españoles. Así Francisco de Vitoria destaca en primer lugar, el dominio natural de Dios sobre todo lo creado. Es dueño de todas las criaturas, y todo el orbe -por derecho natural- le pertenece⁴⁰. Esto le lleva a distinguir entre el dominio que corresponde a Dios, como primer dominio existente, propio y directo sobre toda la creación,

al hombre por su razón, en la cual reside la imagen de Dios, se manifiesta en la misma creación del hombre relatada en el Génesis, donde se dice: 'Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y tenga dominio sobre los peces del mar, etc.'".

38. Cfr. J. J. MEGÍAS, *Propiedad y Derecho natural en la Historia*, op. cit., págs. 29 y ss.

39. *Quaestiones disputatae et quodlibetales*. Ed. Marietti, Torino-Roma, 1953, 6, art. 12: "El hombre es verdadero dueño de sus bienes patrimoniales o adquiridos lícitamente, por lo cual, en cuanto atañe a la condición de la cosa misma, puede usar de ella como quiera. Por esta parte no incurre en pecado; sin embargo, puede incurrir en él por un modo desordenado de uso, ya por superfluidad, es decir, cuando consume inútilmente en lo que no conviene sus bienes propios, o por defecto, o sea, cuando no distribuye sus bienes en lo que debe".

40. *Comentarios...*, op. cit., q. 62, art. 1, 9: "Non est dubium nisi quod Dominus Deus noster est dominus omnium creaturarum et totius orbis (...) ítem, patet hoc de jure naturali, quia Deus hoc dominium habet a natura, et de jure naturali omnia sibi competunt".

y el dominio que corresponde al hombre, que es un dominio participado y cedido por Dios al hombre exclusivamente sobre las criaturas irracionales⁴¹.

De todos los bienes es Dios el *Dominus* directo y primero, pero el hombre lo puede ser mediatamente⁴². La razón por la que Vitoria justifica la cesión o participación del dominio no es otra que la superioridad de la criatura racional sobre el resto de la creación: el hombre es lo más perfecto, por ello se constituye en fin de todas las criaturas y todas se ordenan a él y, por tanto, conviene al hombre naturalmente ser dueño de las cosas⁴³; la explicación que nos ofrece el dominico es la siguiente: uno de los instintos naturales más fuertes del hombre -y que se puede considerar de derecho natural- es el instinto de conservación; para conservar la vida, Dios ha concedido este dominio general sobre los seres irracionales para que nos sirvamos de ellos; por tanto este dominio general que concede Dios es de derecho natural⁴⁴. Pero lo que deja claro Vitoria es que ese dominio consiste

41. Cfr. *Ibidem*. Afirma que Dios puede retener ese dominio para sí, o bien hacernos partícipes de él: "Poterat quidem Deus retinere sibi omnia dicens: nolo quod alius sit dominus. Bene concederet nobis usum rerum, non tamen quod essemus domini". En la *Relección Primera de los Indios* afirma: "Es cierto que todo dominio proviene de la autoridad divina, pues Dios es el creador de todo, y nadie puede tener dominio, sino aquél a quien El se lo diere". Cito por *Obras de Francisco de Vitoria. Relecciones teológicas*. Edición crítica de T. Urdániz. BAC, Madrid 1960, pág. 652.

42. Siguiendo a Tomás de Aquino, mantiene que el hombre no puede ser *dominus* de los bienes en cuanto a su naturaleza, que corresponde a Dios, pero sí en cuanto a su uso -concedido por Dios-, puesto que lo imperfecto se ordena a lo más perfecto, y el hombre se encuentra por encima del resto de la creación. Cfr. *Comentarios...*, op. cit., q. 66, art. 2, 1.

43. Cfr. *Comentarios...*, op. cit., q. 62, art. 1, 17: "Quia naturale est homini quod sit dominus aliarum rerum". Cfr. también *Comentarios...*, op. cit., q. 62, art. 1, 12.

44. *Comentarios...*, op. cit., q. 62, art. 1, 13: "Ítem, de jure naturali est quod homo conservet se in esse. Sed hoc non potest sine alius creaturis, quia omnes aliae creaturae sunt ad conservationem hominum; quia si vos tolleretis unam stellam, non posset homo conservari, quia omnia quae creata sunt et

exclusivamente en el uso de las cosas, no en la apropiación caprichosa de los bienes. Así, nos explica siguiendo a Tomás de Aquino⁴⁵, que el hombre puede poseer los bienes externos de dos modos, bien como la facultad de procurarse y administrar los bienes externos, bien como una posesión de las cosas como propias con exclusión de los demás. Solamente el primer modo es el que coincide con el uso, derecho o dominio natural que concede Dios al género humano sobre los bienes externos de modo general⁴⁶.

En poco difiere la visión que ofrecen Tomás de Aquino y Francisco de Vitoria de la que podemos encontrar en D. Soto, L. Molina, F. Suárez, D. Báñez, y tantos otros autores (jurista-teólogos) de los siglos XV, XVI y XVII. En todos ellos pesa en gran medida el pensamiento tomista⁴⁷. Es cierto que en el siglo XVII comienza una visión más dominadora de la Naturaleza, que es proporcional al acercamiento al racionalismo. Por ello, en el debate suscitado hace unos años entre las "escuelas" valenciana y

constituía in rerum natura, sint necessaria ad hominis conservationem, quia Deus et natura nihil faciunt frustra. Cum ergo Deus omnia alia fecerit, dicendum est quod illa fecit propter hominis conservationem. Ergo habet jus utendi omnibus illis". Cfr. también *Comentarios...*, op. cit., q. 62, art. 1, 18 y 20 y q. 66, art. 1, 1.

45. V. D. CARRO expone la dependencia de Vitoria con respecto a Tomás también en lo que se refiere al dominio natural del hombre sobre los seres inferiores. Cfr. su obra *La 'Communitas Orbis' y las rutas del Derecho internacional según Francisco de Vitoria*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, si, 1962, págs. 37-39.

46. *Comentarios...*, op. cit., q. 66, art. 2, 1: "Circa res exteriores dúo competunt homini. Primum est facultas procurandi et dispensandi res exteriores. Prima conclusio: Quantum ad hoc quod est procurare et dispensare res istas exteriores, licitum est quod homo propria possideat.

Secundum quod competit homini est usus rerum. Secunda conclusio: Nullus est ita proprietarius rerum, quin aliquando teneatur dividere res suas, id est homo non debet habere res exteriores ut proprias, sed ut communes, ut scilicet de facili eas aliquis communicet in aliorum necessitates".

47. Cfr. J. J. MEGÍAS, *Propiedad y Derecho natural en la Historia*, op. cit., págs. 167 y ss.

andaluza sobre la relación e interdependencia entre ecología y pensamiento cristiano⁴⁸, me inclino por las respuestas que ofrecen los valencianos.

. La Modernidad traerá consigo la ruptura con esta concepción. Por un lado, la separación cartesiana entre *res cogitans* y *res extensa* supone que ésta quede sometida a aquella y, por tanto, que toda la naturaleza quede sometida de forma absoluta al hombre por ser éste el único ser racional. Por otro lado, el cambio en la concepción de la propiedad como la facultad de usar y abusar sin límites de cualquier bien que le pertenezca a la persona, entre los que se encuentran los animales, las plantas, el agua, el aire, etc., conlleva el desentendimiento de los daños que pueda sufrir tanto la naturaleza como el resto de la sociedad con ese supuesto uso "legítimo" de los bienes⁴⁹.

El *ecologismo personalista* recupera el deseo y la necesidad de respeto hacia los animales y hacia las plantas y, en general, hacia todo el medio ambiente. Desde un primer momento se admite que no sobran recursos y que deben ser administrados con diligencia, pero tampoco se puede admitir que sobren seres humanos como sostiene el biologismo⁵⁰. El hombre también forma parte de la naturaleza, de modo que cuando destruye algo de ésta, se está destruyendo también a sí mismo, y es aquí donde encuentra su lugar la ética ambiental: "la función fundamental de la ética ambiental radica en que el hombre cobre conciencia de que debe

48. Cfr. en *Anuario de Filosofía del Derecho* XII (1995), AA.VV., *Ecologismo personalista: ecos de premodernidad y Las razones del ecologismo personalista*, págs. 653-665 y 667-678, respectivamente.

49. Cfr. J. J. MEGÍAS, *Propiedad y Derecho natural en la Historia*, op. cit., págs. 292 y ss.

50. Cfr. V. BELLVER, *Ecología, "Políticas demográficas y Derechos humanos"*, en *Anuario de Filosofía del Derecho* XII (1995), págs. 65-82, donde pone de relieve el contraste con las doctrinas que ven como Cínica solución la programación de la generación humana (controlando la libertad ajena) o incluso la propia aniquilación del hombre.

proteger la naturaleza para protegerse a sí mismo respecto de sí mismo"⁵¹.

Desde esta perspectiva es fácil defender también los derechos de las futuras generaciones, pues la generación actual está obligada a administrar bien la naturaleza y conservarla en condiciones tales que podamos disfrutar los que vivimos ahora y los que vengan después. El nuevo imperativo categórico que propone J. Ballesteros es: "obra de tal modo que tu nivel de consumo pueda convertirse en máxima de conducta universal por ser compatible con condiciones de vida dignas para la presente y futuras generaciones"⁵²; y en la misma línea R. Spaemann reformula el imperativo categórico kantiano en este otro sentido: "obra de tal modo que no consideres nada en el mundo meramente como medio, sino siempre al mismo tiempo también como fin"⁵³.

II. EL DERECHO AL MEDIO AMBIENTE

Tras la declaración del año 1970 por la ONU como año de protección de la Naturaleza, comienzan a surgir las primeras declaraciones internacionales que recogen este derecho, quizás a raíz de los desastres ecológicos originados por una mentalidad tecnocrática⁵⁴. El carácter antropológico o ecológico personalista que presidió la primera declaración (Estocolmo, 1972), volvió a

51. Cfr. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, op. cit., pág. 38. En el mismo sentido afirma I. M^a García Gómez-Heras que "en la suerte y futuro de la naturaleza están implicados la suerte y futuro de la humanidad. Agredir nuestro mundo, degradarlo o destruirlo equivale a destruir y a agredir a la humanidad misma". *El problema de una ética del 'medio ambiente'*, op. cit., pág. 37.

52. Cfr. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, op. cit., pág. 42.

53. R. SPAEMANN, *Lo natural y lo racional. Ensayos de antropología*, trad. de D. Innerarity, Rialp, Madrid 1989, pág. 103.

54. Cfr. W. AIKEN, "Human Rights in an Ecological Era", en *Environmental Values* 1 (1992), págs. 191-203.

reaparecer afortunadamente en la Declaración de Río de Janeiro (1992), pero no pasó inadvertido el carácter biocéntrico de la Carta de la Naturaleza (1982), en la que se otorgaba un valor intrínseco a todo lo natural sin diferenciación cualitativa entre unos seres y otros. La Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Humano de 1972, de la que hay que destacar su importancia por el cambio de mentalidad a la que va a dar origen, contemplaba al hombre simultáneamente como parte del medio ambiente y rector o artífice del mismo, sirviéndole éste de sustento y marco para su desarrollo pleno como persona; en esta concepción de la persona se encuentra algo más que la pura biología, y ese algo (sus capacidades intelectual, moral, social y espiritual) es lo que lo hace ser el ser más valioso de toda la naturaleza⁵⁵. Esta misma concepción se encuentra en la Declaración de Río y todos los documentos internacionales que han tenido su origen en esta declaración, en la que sigue predominando afortunadamente el antropocentrismo frente al biocentrismo, sin que ello signifique que el medio ambiente quede sometido al arbitrio caprichoso del ser humano⁵⁶.

55. Cfr. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, op. cit., págs. 63-65 y J. JUSTE RUIZ, *Derecho Internacional del medio ambiente*, McGraw-Hill, Madrid 1998, págs. 18-20. En esta conferencia de Estocolmo se reafirma la convicción de que "el hombre tiene el derecho fundamental a la libertad, a la igualdad y al disfrute de condiciones de vida adecuadas en un medio de calidad tal que permita llevar una vida digna y gozar de bienestar y tiene la solemne obligación de proteger y mejorar el medio para las generaciones presentes y futuras". Por ello afirma J. A. Doral que el ambiente incluye el conjunto de condiciones para el desarrollo de la vida y, por tanto, las "necesidades físicas, psíquicas, espirituales en cualquier tiempo y lugar". "La protección ambiental", en *Humana lura* 5 (1995), pág. 125.

56. La Declaración de Río, que decíamos retomaba el antropocentrismo, establece unos derechos y unos deberes con los que se pretende superar los problemas medioambientales que se producen en la actualidad; estos problemas sólo son superables si actuamos solidariamente, apareciendo como el primer problema real a solucionar el individualismo consumista y hedonista, al que no le importa la destrucción o deterioro del medio ambiente si ello reporta placer personal.

Perteneciente a la tercera generación de derechos⁵⁷, el derecho al medio ambiente surge impregnado de la idea de solidaridad y en su base encontramos no al individuo, sino a la persona, es decir, un ser que reconoce su interdependencia de los demás y que es consciente de que no puede prescindir de esta interdependencia. El individuo moderno se había caracterizado por reclamar en plenitud la autonomía, independencia y libertad que supuestamente le correspondían por naturaleza. De este modo, todos los derechos eran entendidos como facultades personales o habilitaciones para obrar que no tenían más límites que la voluntad personal, única razón que mueve en la elección y la fundamenta. Los derechos que se reconocen en la Modernidad o que se recogen en los primeros textos (Estados Unidos y Francia)⁵⁸ se presentan por tanto como libertades exclusivas y absolutas, que permiten excluir a todos los demás y hacer el uso de esas libertades que se estime oportuno, incluyendo su renuncia si así lo desea su titular⁵⁹. Por ello es importante dejar claro desde un

57. Es preciso considerar que no se puede enmarcar exclusivamente en esta generación, pues "pertenecer en su dimensión más específica a los derechos de la tercera generación, o derechos caracterizados por la exigencia de duración. Pero en su dimensión procedimental, como derecho de participación, es también un derecho de la primera generación; y como dimensión sustantiva, replantea el derecho a la alimentación y a la salud, es por tanto también un derecho de la segunda generación". J. BALLESTEROS, *Ecopersonalismo y derecho al medio ambiente*, op. cit., pág. 25. Cfr. también, sobre este aspecto, D. LOPERENA y M. HERREROS, "Los derechos humanos al medio ambiente adecuado y a su protección", en *Humana lura* 6 (1996), págs. 178-183.

58. Cfr. Ángela APARISI, "Los derechos humanos en la Declaración de Independencia Americana de 1776", en J. Ballesteros (ed.), *Derechos humanos...*, op. cit., págs. 224 y ss. y su artículo "Soberanía, Constitución y Derechos en los orígenes de la Revolución Norteamericana", en *Anuario de Filosofía del Derecho* XI (1994), págs. 421-441, en especial págs. 432 y ss., en las que se refiere a los *birthrights* como libertades, privilegios, franquicias e inmunidades.

59. Sobre este tema puede encontrarse una investigación profunda en las publicaciones de F. CARPINTERO, especialmente en *Una introducción a la*

principio que el derecho al medio ambiente no puede ser entendido sencillamente como un derecho subjetivo, aunque para lograr una protección más efectiva o eficaz haya que acudir a esta categoría jurídica. J. Jordano pone especial empeño en mostrar este derecho como un derecho subjetivo⁶⁰ y desde una perspectiva estrictamente positiva no le faltan razones, pues -aunque existen otros medios de defensa- lo que persigue es que todos y cada uno de los ciudadanos no solamente puedan disfrutar de un medio ambiente adecuado, sino que cuenten a la vez con todos los mecanismos posibles de defensa si ello fuera necesario. El peligro que conlleva la reducción del derecho al medio ambiente a un simple derecho subjetivo es que automáticamente quedaría a plena disponibilidad de su titular, pues una de sus características esenciales en su acepción técnico-jurídica es ésta e, incluso, la posibilidad de su pérdida por prescripción. Para salvar esta dificultad, se ha argumentado que, aunque es cierto lo anterior, también existen unos derechos subjetivos personalísimos que se caracterizan por su inalienabilidad e imprescriptibilidad. A. E. Pérez Luño, sin embargo, entiende que esto no es posible, pues le es esencial al derecho subjetivo la posibilidad de disposición⁶¹. Y efectivamente así parece ser tanto en la teoría de la voluntad como en la teoría del interés sobre los derechos subjetivos, pues el titular del mismo no se encuentra nunca obligado (tanto si el origen depende de su voluntad, como si depende de un interés

Ciencia Jurídica, Civitas, Madrid 1988 y *La Cabeza de Jano*, Universidad de Cádiz, 1989, en la que realiza una exposición de la escuela kantiana.

60. Además de *La protección del derecho a un medio ambiente adecuado*, op. cit., págs. 121 y ss. y 466 y ss., puede consultarse su artículo "El derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado: elementos para su articulación expansiva", en *Humana Iura* 6 (1996), págs. 121-152.

61. Cfr. A. E. PÉREZ-LUÑO, *Los derechos humanos. Estado de Derecho y Constitución*, Tecnos, Madrid 1984, pág. 32.

externo) a ejercitar el derecho o a exigir el cumplimiento del deber que conlleva⁶².

¿Qué decir al respecto? Que no habría dificultad en entender el derecho al medio ambiente como un derecho subjetivo siempre que con esa denominación se pretenda aludir a la consecución de unos mecanismos efectivos de defensa en un ordenamiento jurídico concreto, pero que tal derecho ni es exclusivo como lo es el derecho subjetivo, ni es renunciable como sí podría serlo, por ejemplo, el derecho de propiedad (podemos renunciar al derecho sobre nuestro coche, nuestra pluma, una mesa de nuestro despacho, etc.). El derecho al medio ambiente, como derecho humano, no puede depender de una concesión de la autoridad, sino que es obligado su reconocimiento; pero del mismo modo que no queda al arbitrio de la autoridad, tampoco queda al arbitrio del sujeto o titular del mismo como sí ocurre, en cambio, en el derecho subjetivo⁶³. Para A. L. Martínez-Pujalte, la persona no sólo tiene derecho al medio ambiente adecuado, sino que si partimos de la especial excelencia o dignidad de la persona, que le sitúa por encima de los demás seres, y de la exigencia esencial de respeto de esa persona hacia toda la naturaleza, se puede "formular un cuarto derecho (inalienable): el derecho al medio ambiente, que consiste en el derecho a disfrutar de un medio ambiente ni alterado ni destruido, sano, adecuado para el esparcimiento y sin riesgos potenciales"⁶⁴. El titular de este derecho,

62. No se trata de distinguir solamente entre derecho subjetivo y derecho público subjetivo e identificar el primero con el derecho humano mientras que se rechaza la identificación con el segundo, como hace V. LABRADA, *Introducción a la Teoría de los Derechos humanos*, Civitas, Madrid 1998, págs. 27-31.

63. De este modo se podrían evitar acciones abusivas amparadas en los derechos subjetivos. Cfr. J. A. MARTÍNEZ MUÑOZ, *¿Abuso del Derecho?* Universidad Complutense de Madrid (Servicio de Publicaciones de la Facultad de Derecho), Madrid 1998, págs. 117 y ss. y 197 y ss.

64. A. L. MARTÍNEZ-PUJALTE, "Los derechos humanos como derechos inalienables", en J. Ballesteros (ed.), *Derechos humanos. Concepto, fundamen-*

si bien no está obligado a ejercerlo -lo que podría conllevar la exigencia de conductas reparadoras-, sin embargo no puede renunciar a él, pues los daños ocasionados por terceros con su consentimiento podrían ser irreparables para la naturaleza y, por lo tanto, le harían perder tal derecho a él y a las futuras generaciones.

El individuo contemporáneo, la persona, comienza afortunadamente a ser cada vez más consciente de que las necesidades humanas se satisfacen con el disfrute común y responsable de los bienes de los que disponemos. Por tanto, la actuación humana se entiende limitada no sólo por el arbitrio personal -como ocurría con- los derechos humanos de la primera generación- o por el poder del Estado -como en los derechos de la segunda generación-, sino por la responsabilidad y consciencia de que los bienes que disfrutamos no nos corresponden de forma exclusiva, que son muy valiosos y que están por venir otras generaciones que también tienen derecho a ellos y que no pueden quedar hipotecados⁶⁵.

A su vez, al ser derechos presididos por la solidaridad, no conllevan solamente el que debamos abstenernos de producir daños al medio ambiente, sino que exigen también la realización de cuantas actuaciones sean necesarias para hacer posible su disfrute en la actualidad y el día de mañana. De este modo se supera la concepción moderna de la justicia como abstención, por la que se entendía que una persona era justa cuando se abstenía de actuar en las esferas de libertad de los demás sin el consentimiento de éstos; del mismo modo, una autoridad era justa cuando se abstenía de invadir las esferas privadas de los individuos y se abstenía de imponer deberes no consentidos, lo que daría lugar a expre-

tos, sujeto, op. cit., pág. 96. No sólo constituirían derechos inalienables la vida, la integridad física y las libertades personales, sino que también el derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado quedaría al margen de la disponibilidad de su titular.

65. Cfr. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, op. cit., págs. 86-87.

siones tales como libertad negativa, libertad del vacío o libertad exclusiva⁶⁶.

Suponen, por tanto, una superación de la disyuntiva entre la libertad e igualdad que planteaba la Modernidad, sustituyéndola por la idea de "participación" de todos los ciudadanos para hacer posible el ejercicio de los demás derechos. Junto al derecho a un medio ambiente equilibrado o sano, debemos reconocer también el derecho a la paz, el derecho al desarrollo y el derecho al respeto al patrimonio común de la humanidad⁶⁷. Una característica de estos derechos es la interconexión entre ellos mismos. Está claro que el derecho a la paz asegura el que no se destruya el medio ambiente o el patrimonio común, pero además es que desarrollo y medio ambiente, por ejemplo, están plenamente interconexiónados. Así lo manifiesta claramente H. Gross al afirmar que el desarrollo no justifica la consecución de unos beneficios a cualquier precio medioambiental y, por lo tanto, no puede tener la consideración de progreso el desarrollo que destruye la naturaleza⁶⁸. Y por esta razón es falsa también la idea que contrapone

66. Cfr. F. CARPINTERO, *Una introducción a la Ciencia Jurídica*, op. cit., págs. 48 y ss.

67. Cfr. J. BALLESTEROS, *Postmodernidad: decadencia o resistencia*, Tecnos, Madrid 1989, págs. 151 y ss. En el mismo sentido se pronuncia A. E. Pérez Luño que, después de advertir que los valores guía de la primera y segunda generación fueron la libertad y la igualdad respectivamente, afirma que "los nuevos derechos humanos (tercera generación) se hallan aunados entre sí por su incidencia universal en la vida de todos los hombres y exigen para su realización la comunidad de esfuerzos y responsabilidades a escala planetaria. Sólo mediante el espíritu solidario de sinergia, es decir, de cooperación y sacrificio voluntario y altruista de los intereses egoístas será posible satisfacer plenamente las necesidades y aspiraciones globales comunes relativas a la paz, a la calidad de vida, o a la libertad informática". Cfr. "Las generaciones de derechos humanos", en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales* 10 (1991), pág. 211.

68. Cfr. H. GROSS, "El derecho al desarrollo veinte años después. Balance y perspectivas", en A. Herrero de la Fuente (coord.), *Reflexiones tras un año de crisis*, Universidad de Valladolid, 1996, págs. 31 y ss. Es en este marco en el que se consagra la expresión "desarrollo sostenible", reivindicación que se

calidad de vida con desarrollo o medio ambiente entendiendo que sólo uno de estos conceptos se pueda compatibilizar alternativamente con la calidad de vida, pero no simultáneamente. Como pone de manifiesto E. Ferrando, si la expresión "calidad de vida" se pone en relación exclusivamente con la capacidad adquisitiva o con el nivel de vida, no cabe duda que el acento recae sobre la capacidad productiva y sobre la satisfacción de necesidades a costa de cualquier precio⁶⁹; pero también se podría entender como "aquella situación en la que existen posibilidades para que potencialmente se desarrolle un proyecto de vida personal (biográfica)"⁷⁰, donde no priman exclusivamente los bienes materiales que puedan ofrecerse a la persona, sino todo un entorno agradable, adecuado y solidario donde de verdad se pueda ser persona. En esta concepción de la calidad de vida, el desarrollo y el medio ambiente se implican mutuamente, de modo que no sería suficiente contar con grandes avances tecnocráticos si estuviéramos llamados a la destrucción con ellos, ni tampoco con un medio ambiente perfecto desde una perspectiva naturalista si con ello la humanidad padeciera hambre, necesidades, etcétera⁷¹.

Por otro lado, la irrenunciabilidad o inalienabilidad de este derecho, a la que aludía anteriormente, proviene de su fundamentación. La fundamentación de los derechos humanos es uno

viene abriendo paso desde finales de los años setenta al contrastar los modelos económico-sociales del Norte y del Sur, apareciendo el primero como un modelo inmoral por resultar insostenible para la viabilidad de todos los hombres y del medio ambiente. El derecho al medio ambiente exige distinguir entre los bienes renovables y los no renovables; los segundos merecen una especial protección, por lo que puede ser considerado inmoral la extinción de especies, de recursos, etc.

69. E. FERRANDO, "La 'calidad de vida' como principio inspirador del derecho al medio ambiente", en *Humana Iura* 6 (1996), pág. 99.

70. Loe. cit., pág. 100. Cfr. también J. RODRÍGUEZ-ARANA, "El medio ambiente y la calidad de vida como objetivos constitucionales", en *Revista de Derecho Ambiental* 16 (1996), págs. 35-48.

71. Cfr. V. BELL VER, *Ecología: de las razones a los derechos*, Comares, Granada 1994, págs. 225-227.

de los temas más controvertidos, en el que se encuentran posturas que van desde su consideración como algo inútil por resultar una cuestión irresoluble, pasando por considerarlo una cuestión sin trascendencia por no ser necesaria, hasta su consideración como algo imprescindible, pues todo derecho debe tener una razón de ser que no sea el puro arbitrio de alguien que lo concede gratuita y arbitrariamente. Muy simplificadaamente podríamos decir que los positivistas prefieren hablar de legitimación (entendido como legalización) o justificación, y en este sentido se conforman con la existencia de la Declaración Universal y de los demás pactos, tratados y convenios, cuya existencia es palpable, pero no dan razón de por qué reconocen sólo esos derechos o por qué todos esos derechos deben ser tenidos como inviolables⁷². La razón principal de esta postura es que no creen en unos valores que puedan ser fundamentados científicamente o racionalmente, por lo que cualquier valor ético o jurídico no puede reclamar la universalidad que sí podría reportar el texto aprobado. Los valores, para el positivismo, tienen una gran carga de subjetividad, mientras que un texto no la tiene, es algo objetivo; en otras palabras, el hombre no puede llegar mediante sus propios medios a aquello que rebasa los límites de la experiencia, de modo que es preciso considerar de forma separada realidad y valor. La primera es única para todos, el segundo depende de cada persona, de cada cultura, de cada época,...⁷³. Quienes siguiendo esta línea prefieren tan sólo legitimar los derechos humanos a través de un consenso no tienen problemas a la hora de hacer surgir nuevos derechos o hacerlos desaparecer, puesto que de lo que se trata es de establecer el procedimiento concreto por el que se acordará el reconocimiento

72. Sobre la diferencia entre justificación y fundamentación, vid. C. VELARDE, *Universalismo de derechos humanos. Crítica y posibilidad*, Pamplona 1998, págs. 52-54. Cito por el original inédito.

73. Cfr. A. E. PÉREZ LUÑO, *Los derechos humanos...*, op. cit., págs. 134-135.

de los mismos. Lo que hoy es derecho mañana deja de serlo porque ha cambiado el parecer de la mayoría.

En cambio la fundamentación conlleva buscar "la razón de ser" de los derechos, de modo que el contenido de éstos quedan al margen de la voluntad de quienes detentan el poder, que no tendrían más remedio que reconocerlos y garantizarlos por constituir exigencias objetivas. En el caso del medio ambiente no podría aceptarse que sea un derecho dependiente del consenso o del arbitrio de una sociedad, puesto que podrían acordarse los mayores disparates con el consiguiente perjuicio para la humanidad⁷⁴.

C.I. Massini entiende que el fundamento de un derecho humano puede ser mediato o inmediato: el primero siempre consiste en un principio práctico, si no primero por lo menos muy próximo a él; en cambio el fundamento inmediato consiste en la "razón precisa, objetiva y formal por la que alguien es titular de un derecho determinado: esto es lo que técnicamente se denomina 'título' de ese derecho"⁷⁵. En el caso de los derechos humanos el fundamento exclusivo es la dignidad personal de todo ser humano. Si quisiéramos distinguir entre los dos tipos de fundamentos, podríamos afirmar que el principio práctico que lo informa es el más elemental o regla áurea "debemos hacer el bien y evitar el mal", que C. I. Massini concreta en este caso como "todo hombre debe salvaguardar el carácter de persona de todo

74. J. BALLESTEROS, *Ecopersonalismo y derecho al medio ambiente*, op. cit., pág. 22: "La fundamentación del derecho al medio ambiente no puede estar en la teoría de la voluntad, sino en la satisfacción de necesidades o intereses básicos, siempre que la defensa de los intereses se extienda a los necesitados de tutela". De admitirse una fundamentación convencional, los más perjudicados serían aquellos que precisamente necesitan una mayor tutela porque siempre suelen ser excluidos de las convenciones o porque llegan a ellas condicionados por los intereses de los que tienen posiciones más fuertes.

75. C. I. MASSINI, "El derecho a la vida en la sistemática de los derechos humanos", en C.I. Massini y P. Serna (eds.), *El derecho a la vida*, EUNSA, Pamplona 1998, pág. 183.

hombre"⁷⁶. El fundamento inmediato o título vendría a ser la condición de persona, precisamente para que pueda desarrollarse plenamente como tal persona.

Entre quienes optan por la fundamentación -y no se conforman con una mera justificación- predominan quienes toman como punto de partida la dignidad humana. Esta dignidad conlleva que el hombre, como he venido manteniendo, se sitúa en un plano ontológico distinto al de los demás seres⁷⁷ y exige que el hombre sea tratado (por sí mismo y por los demás) siempre como un fin en sí mismo, no como un medio. Esta distinción se aprecia con más claridad si nos fijamos en que sólo el hombre es capaz de conocer la razón de lo que hace, es decir, persigue con libertad una finalidad u objetivo, tiene la capacidad de entender y de querer y, en consecuencia, de conocer la moralidad de sus actos⁷⁸. No poseen solamente esta dignidad quienes están en condiciones de "querer libremente", sino todos aquellos que tienen esta potencialidad, aunque no esté desarrollada (embriones, niños, enfermos comatosos, disminuidos psíquicos, personas con el conocimiento disminuido por efecto de las drogas, el alcohol, etc.): cualquier hombre tiene el poder de adquirir esos poderes, mientras que un animal no podría hacerlo⁷⁹.

De este modo de entender la dignidad humana derivan ineludiblemente tres derechos humanos inalienables: el derecho a la

76. C. I. MASSINI, *El derecho a la vida en la sistemática de los derechos humanos*, op. cit., pág. 184.

77. Cfr. J. HERVADA, "Los derechos inherentes a la dignidad de la persona humana", en *Humana Iura* 1 (1991), págs. 361-362.

78. P. SERNA realiza una breve, pero contundente, crítica a la noción de dignidad kantiana, que se fundamenta en la capacidad moral del hombre en su vertiente procedimental: la autonomía. Esta no es suficiente, y junto al procedimiento se precisa de "un concepto sustantivo de bien". Cfr. "El derecho a la vida en el horizonte cultural europeo de fin de siglo", en C. I. Massini y P. Serna (eds.), *El derecho a la vida*, op. cit., págs. 39-42.

79. Cfr. sobre este tema J. J. MEGÍAS, "Dignidad del hombre ante la muerte", en *Humana Iura* 4 (1994), págs. 99-132.

vida, el derecho a la salud y a la integridad física (alimentos, vivienda, vestidos, etc.) y el derecho a las libertades personales (ideológica, de expresión, religiosa, de reunión, etc.); junto a estos tres se reivindica también como derecho inalienable el derecho al medio ambiente adecuado⁸⁰. En esto se pone de manifiesto la distanciaci3n entre el derecho al medio ambiente y los derechos tal como se entendieron en la Modernidad -caracterizados por la exclusividad y disponibilidad-, pues corresponde a su esencia la participaci3n y la inalienabilidad: no puede existir una vida digna si no se da en un medio ambiente digno, de modo que todas las actuaciones humanas deben ir encaminadas a conseguirlo y ninguna ser3 l3cita si lo ponen en peligro o lo hacen desaparecer, aunque las acciones sean meras omisiones o incluso meros consentimientos. "Cuando se abdica de ellos (de los derechos inalienables) se cae en la indignidad, en la abyecci3n, en la bajeza"⁸¹. En este sentido se pronuncia tambi3n J. Llompарт, que considera que al igual que no se puede disponer de la propia dignidad, tampoco podemos disponer del derecho al medio ambiente de forma que implique la renuncia de tal derecho⁸².

La exigencia de solidaridad en la tercera generaci3n de derechos es lo que lleva a J. de Lucas a entrelazar el fundamento del derecho al medio ambiente con el principio de solidaridad. La solidaridad supone, en primer lugar, la aparici3n del "nosotros", del grupo, pero no de un grupo cerrado que excluye a los que no pertenecen al mismo; la solidaridad de un grupo cerrado es incompleta, no es aut3ntica: no es verdaderamente solidario aquel ,que calla el crimen cometido por uno de su grupo. Pero el problema que se plantea es con qui3n se debe ser solidario, c3mo ampliar el grupo y hasta qu3 punto se debe ser solidario. J. de

80. Cfr. A. L. MART3NEZ-PUJALTE, *Los derechos humanos como derechos inalienables*, op. cit., p3gs. 94-96

81. Cfr. J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, op. cit., p3gs. 75-78.

82. Cfr. "La posibilidad de una teor3a del Derecho m3s all3 del iuspositivismo y del iusnaturalismo", en *Persona y Derecho* 24 (1991), p3g. 169.

Lucas propone para la primera pregunta considerar en el grupo a todas aquellas personas que sean capaces de conjugar la autonom3a moral propia y libertad personal con la autonom3a y libertad de los dem3s⁸³; en cuanto a la segunda, la solidaridad implicar3a no s3lo asumir los intereses del grupo, sino tambi3n la responsabilidad colectiva: asumir como propio lo que es de todos y asumir el deber de contribuir positivamente a su garant3a⁸⁴. En este punto es donde entra en juego el medio ambiente como com3n al grupo; pero creo que -en respuesta a la primera pregunta- el grupo al que debe ampliarse la solidaridad viene constituido por todo el g3nero humano, no s3lo a quienes conjugan su autonom3a con la nuestra, pues no pierden su dignidad de personas quienes no sean capaces de hacerlo. Por ejemplo, habr3a que ser solidario tambi3n con los delincuentes (que han hecho de su autonom3a y de la de los dem3s algo incompatible), no ayud3ndoles a delinquir o justificando sus delitos, pero s3 intentando su resocializaci3n, ofreciendo los medios para su reeducaci3n, condiciones de privaci3n de libertad dignas, etc.

III. LAS VERTIENTES DEL DERECHO AL MEDIO AMBIENTE

Advierte A. Kiss que debemos distinguir claramente entre el

83. J. DE LUCAS, *El principio de solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente*, op. cit., p3gs. 59-60. Cfr. tambi3n V. BELLVER, *La solidaridad ecol3gica como valor universal*, op. cit., p3gs. 172-173.

84. J. DE LUCAS, *El principio de solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente*, op. cit., p3g. 64. Aqu3 cobra especial relevancia la solidaridad con los pa3ses menos desarrollados. No se pueden resolver los problemas ecol3gicos de los pa3ses desarrollados a costa de los m3s necesitados, por ejemplo, comprando sus cuotas de emisi3n de CO₂, llevando a esos pa3ses las industrias m3s contaminantes, etc. Es necesario solucionar los problemas del Norte, pero tambi3n los del Sur; es necesario solucionar los problemas actuales, pero no a costa del futuro. En esta v3a se apreciar3 una verdadera solidaridad.

contenido sustancial del derecho al medio ambiente y su perspectiva procedimental. Hasta ahora la mayor parte de los esfuerzos han recaído sobre el deseo de consolidarlo como un derecho procedimental, por lo que en los textos internacionales se aprecia la importancia de la relación entre derecho y participación, información y recursos, pero no se ha destacado la importancia de la esencia misma del derecho, que llevaría a determinar en la medida de lo posible lo que está permitido y lo que está prohibido⁸⁵. D. Loperena y M. Herreros llegan a una conclusión similar, aunque consideran que estamos ante dos derechos distintos, el derecho al medio ambiente adecuado y el derecho a la protección del medio ambiente⁸⁶. Creo, sin embargo, que es preferible continuar entendiéndolo como un solo derecho que tiene dos caras, la de su contenido y la de las medidas para garantizarlo. La persona no tiene un derecho a la vida y otro derecho a proteger esa vida, sino que el derecho a la vida conlleva la necesidad de que se prevean las medidas de su protección.

Como derecho procedimental, el acceso a la información sobre el estado de los recursos naturales, sobre las medidas que pueden afectarles, sobre los programas de gestión ambiental, etc., constituye una de las manifestaciones más elementales del derecho al medio ambiente. Difícilmente se podría participar en la gestión o denunciar los atentados si previamente no se dispone de una

85. A. KISS, "El derecho al medio ambiente de Estocolmo a Sofía", en *Humana lura* 6 (1996), págs. 157-158. Para Kiss "la mayoría de los derechos garantizados tienen un carácter procedimental en el sentido de que su garantía es procedimental. El más fundamental de todos los derechos, el derecho a la vida, no define lo que es la vida".

86. "El derecho al medio ambiente adecuado precede lógicamente al derecho a su protección", y habría que entender "el derecho al medio ambiente adecuado como derecho a disfrutar directamente de los parámetros idóneos de la biosfera, y el derecho a su protección, como derecho a que las instituciones públicas provean instrumentos para prevenir la degradación, proteger y restaurar, donde fuese necesario, el medio ambiente". D. LOPERENA y M. HERREROS, *Los derechos humanos al medio ambiente adecuado y a su protección*, op. cit., págs. 185 y 189-190.

información veraz y completa. En cuanto a la participación, no se trata solamente de abrir las vías a una participación privada o a una participación individual, sino que se hace necesario que los ciudadanos puedan tomar parte en las decisiones gestoras del medio ambiente, incluidas las de más alto nivel. Por último, los ciudadanos debemos contar también con unas medidas de control efectivo del deterioro o de las agresiones contra el medio ambiente, por lo que deben ponerse al alcance de cualquier interesado los procedimientos administrativos y judiciales que puedan prevenir, corregir y reparar los posibles daños que sufra el medio ambiente⁸⁷. Pero "después del éxito inesperado de las interpretaciones que atribuyen al derecho al medio ambiente un carácter procedimental, haciéndolo a la vez concreto y justiciable, se puede legítimamente preguntar si no se puede avanzar hacia la definición de un contenido permanente de este derecho, superando la posibilidad de un recurso a procedimientos en casos donde hay peligro concreto de deterioro del medio ambiente"⁸⁸. La respuesta se encuentra en el proyecto de Declaración sobre los derechos humanos y el medio ambiente, que si bien dedica tres cuartas partes a los aspectos procedimentales, recoge también el derecho de toda persona a "un medio ambiente seguro, sano y ecológicamente racional", que se traduce en no estar sometido a polución, a disponer de agua y alimentos sanos, a la protección y preservación de los recursos naturales, etcétera⁸⁹.

También J. Ballesteros ha reclamado más atención para el contenido sustantivo del derecho al medio ambiente, que "vendría dado por el desarrollo duradero en el tiempo y universal en el

87. Cfr. A. KISS, *El derecho al medio ambiente de Estocolmo a Sofía*, op. cit., págs. 162-166.

88. Cfr. A. KISS, *El derecho al medio ambiente de Estocolmo a Sofía*, op. cit., pág. 167.

89. Cfr. A. KISS, *El derecho al medio ambiente de Estocolmo a Sofía*, op. cit., págs. 167-168.

espacio para todos"⁹⁰, lo que supone una estrecha vinculación con la salud, alimentos, seguridad e higiene en el trabajo, vivienda, etc., derechos todos relacionados con la dignidad de la persona. Derecho al medio ambiente y derecho al desarrollo resultan de esta manera inseparables y, en esta línea, V. Bellver entiende que los rasgos que perfilan el contenido de estos derechos son: a) la centralidad del ser humano e interdependencia de la naturaleza, que debe ser cuidada con responsabilidad; b) la interdependencia propiamente de los derechos humanos; c) la dimensión social de los mismos; d) la importancia de pensar en los que tienen que venir en un futuro; e) la responsabilidad universal, tanto de los Estados como de los individuos, que sólo mediante la cooperación resolverán los problemas; y f) el deber de los Estados desarrollados de ayudar a los demás y de los individuos de evitar el consumismo⁹¹. Y es curioso ver como uno de los juristas que más páginas y tiempo ha dedicado a estos temas, R. Martín Mateo, apunte que la solución a los problemas jurídicos en el ámbito ecológico no tiene que pasar forzosamente por una constitucionalización de este derecho, sino que bastaría con una tutela efectiva de los órganos jurisdiccionales nacionales e internacionales por otras vías, y con una conciencia ambiental de los ciudadanos⁹².

IV. LOS NUEVOS PROBLEMAS JURÍDICOS

Desde que el medio ambiente comenzó a cobrar cada día más relevancia en nuestra sociedad, llama la atención cómo algunas

90. J. BALLESTEROS, *Ecopersonalismo y derecho al medio ambiente*, op. cit., pág. 21.

91. Cfr. "El futuro del derecho al ambiente", en *Humana lura* 6 (1996), págs. 56-61.

92. Cfr. "La constitucionalización positiva del derecho ambiental", en *Humana lura* 6 (1996), págs. 197-198.

parcelas de la regulación jurídica han quedado desfasadas y necesitadas de una readaptación a las nuevas circunstancias. Así se pone de manifiesto, especialmente, en los temas relacionados con los sujetos del derecho al medio ambiente y con la regulación del daño (Derecho de daños).

Comenzando por esta segunda cuestión, resalta J. A. Doral la necesidad de adaptarnos a las nuevas necesidades jurídicas, pues el hecho de "dañar" algo colectivo o "sin dueño" (como es el medio ambiente) genera una obligación de indemnizar distinta a la que origina el daño en una cosa de alguien o a ese alguien en su persona; los criterios clásicos de acción u omisión, de antijuridicidad, culpabilidad, imputabilidad, de relación de causalidad, etc., deberían ser quizás reinterpretados⁹³.

La Unión Europea, consciente de esta necesidad, ha dado unos primeros pasos no tanto en atención a la reparación de daños - que también lo ha hecho- como en atención a la *precaución* para evitarlos. Su Primer Programa de Acción Medioambiental (1973-1976), aprobado el 22 de noviembre de 1973, establecía que "*en vez de combatir las consecuencias y efectos de los daños medioambientales, la mejor política medioambiental consiste en la evitación de estos vicios medioambientales en su origen*", idea que se repite en los siguientes Programas, pero que no implican abiertamente una idea de precaución, sino más bien de prevención. Sin embargo, en la década de los 80 se nota una mayor preocupación por los riesgos, preocupación que tendrá su reflejo, por ejemplo, en el art. 4 de la Directiva 84/360/CEE, relativa a la polución del aire por la industria; este precepto exige integrar en la regulación todas las medidas de *precaución* y todas las me-

93. J. A. DORAL, *La protección ambiental*, op. cit., págs. 121-122. Resulta realmente difícil establecer una reparación satisfactoria y justa en atención a la culpa o provecho exclusivamente, pues sin una culpa grave o sin obtener beneficio se puede causar un daño incalculable, como quemar un bosque, contaminar un río, etc., fuera del alcance de reparación del agresor y de la posibilidad de satisfacer a todos los afectados.

didias proporcionales antes de que un Estado conceda un permiso industrial⁹⁴.

El art. 130 R inicial del Tratado de la Unión tan sólo recogía los principios de "acción preventiva", de "corrección en su fuente" y "quien contamina paga". Algunos autores entendían incluido dentro del principio de la acción preventiva el principio de precaución, pero no toda la doctrina opinaba en este sentido. Hoy el art. 130 R.2 expone que *la política medioambiental de la Comunidad reside en los principios de prevención y precaución*, queriendo distinguir entre ambos⁹⁵. Una razón a favor de esta interpretación es que el principio de precaución fue introducido en el Tratado cuando el de prevención ya existía, lo que parece indicar que no se pretende solamente completar la prevención, sino dar amparo jurídico a las medidas medioambientales adoptadas con un fin concreto, combatir unas situaciones de riesgos medioambientales que aún no son concretos. El sentido jurídico de este principio, presente en los ordenamientos jurídicos de países como Holanda, Suiza y Alemania, supone la necesidad de acción y adopción de medidas para la conservación del medio ambiente adecuado para una vida humana digna, que eviten el peligro también para las generaciones futuras. Aquí es donde reside la diferencia entre la prevención y la precaución; la primera supone la existencia de un daño previsible o un riesgo

94. La regulación de esta protección es más exigente con el paso del tiempo y así se aprecia en la Directiva 96/61/CE del Consejo, relativa a la prevención y al control integrados de la contaminación, que recoge también criterios de precaución. Cfr. F. FUENTES BODELÓN, "Comentarios a la Directiva sobre prevención y control integrados de la contaminación", en *Revista de Derecho Ambiental* 19 (1997), págs. 43-53.

95. Cfr. I. BARCENA y P. SCHÜTTE, "El principio de precaución medio ambiental en la Unión Europea. Aspectos jurídico-políticos", en *Revista de Derecho Ambiental* 19 (1997), págs. 13-41. Cfr. también J. J. MEGÍAS, *Aspectos jurídicos de la contaminación marina*, en J. M^a Quiroga (coord.), *Contaminación marina*, Universidad de Cádiz (Monografías Universitarias de San Roque), 1999 (ahora en prensa).

concreto; en el caso de la precaución tan sólo existe un peligro o riesgo ecológico no determinado. En este sentido, la precaución no trata tan sólo de proteger el medio ambiente contra un peligro ya existente, lo que conocemos como riesgo inaceptable, sino de los riesgos que pueden parecer inocuos, pero pueden no serlo⁹⁶. La doctrina alemana admite una franja que va desde el *riesgo inaceptable* (peligro concreto) hasta el *riesgo residual*; éste es el riesgo que puede derivar de cualquier acción humana, pero es tan improbable que se produzca según los conocimientos técnicos y científicos del momento que es aceptado por la sociedad. Las decisiones que se adopten dentro de esa franja vendrán determinadas por una ponderación de los elementos partiendo del deber del Estado de garantizar el derecho al medio ambiente adecuado a sus ciudadanos, de un lado, y de los derechos fundamentales garantizados a éstos en los textos constitucionales, que no podrán ser recortados sin un motivo suficiente⁹⁷. Además de la directiva ya citada, es reseñable también la Directiva 93/67/CEE, que establece una serie de criterios para clasificar los riesgos derivados del uso de materias nuevas, de modo que los riesgos situados dentro de la franja entre riesgo inaceptable y riesgo residual puedan ser clasificados en atención al cálculo de la probabilidad de daños o el beneficio de la acción en relación al riesgo.

Conectado con esta necesidad de cambio en el Derecho de daños, y de mayor relevancia jurídica aún, nos encontramos con la cuestión de la titularidad del derecho al medio ambiente. Reiteradamente he mantenido que el único sujeto de este derecho es el hombre, pero es necesario determinar si sólo es titular el hombre que existe ahora -sea individual o colectivamente- o si

96. Cfr. I. BARCENA y P. SCHÜTTE, *El principio de precaución medio ambiental en la Unión Europea...*, op. cit., págs. 17-19.

97. Esta es la postura del Tribunal de Justicia de la Comunidad, que entiende contraria a los principios básicos del Derecho comunitario aquellas medidas adoptadas en atención a exigencias ecológicas exclusivamente.

también pueden ser titulares las futuras generaciones. Desde que se aceptó en los textos internacionales la exigencia del "desarrollo sostenible", que pone en relación los recursos disponibles con las futuras generaciones, la pregunta más relevante que se plantea es si realmente éstas tienen derechos, y cobra aún más importancia desde el momento en que no sólo los textos internacionales hacen referencia a las futuras generaciones, sino también los ordenamientos internos⁹⁸.

Es cierto que surgen cada vez más voces a favor de reconocer como "nuevo sujeto de derechos" a la Humanidad, no identificándola simplemente con la comunidad internacional, sino que abarcaría tanto las presentes como las futuras comunidades humanas". Una posibilidad a favor de las generaciones futuras sería considerar que la humanidad no es algo estático, es decir, que no se agota plenamente en el momento en que se vive. Si consideramos a la humanidad como un sujeto dinámico, vivo, que se extiende en el tiempo sin límites, podríamos entender que las futuras generaciones, aun no existiendo todavía, podrían estar contempladas en el término "humanidad". Formarían, de este modo, parte de un sujeto colectivo¹⁰⁰.

98. En el caso de España, por citar un ejemplo, la Ley 4/1989, de 27 de marzo, de *Espacios naturales protegidos*, en su artículo 2, 2 establece que "las Administraciones competentes garantizarán que la gestión de los recursos naturales se produzca con los mayores beneficios para las generaciones actuales, sin merma de su potencialidad para satisfacer las necesidades y aspiraciones de las generaciones futuras".

99. Cfr. V. BELLVER, *El futuro del derecho al medio ambiente*, op. cit., págs. 40-42.

100. Esta concepción nos obligaría a resolver dos dificultades. La primera es que nos tendríamos que preguntar si también serían sujetos de derechos las generaciones pasadas, puesto que también formarían parte de la humanidad como sujeto dinámico; la respuesta es que no, pues su modo peculiar de ser no entraña potencialidad de ser de otra manera, pasando sus derechos a las siguientes generaciones, ya sean reales o potenciales. No obstante, algunos autores reconocen relevancia moral a los fallecidos recientemente, pero no a los que fallecieron hace siglos (cfr. R. ATTFIELD, *El ámbito de la moralidad*,

Para el contractualismo no pueden existir verdaderos derechos de esas generaciones, pues al no existir aún los titulares no puede darse una reciprocidad. Desde posturas utilitaristas y de egoísmo generacional tampoco sería defendible. Sin embargo, otros autores consideran que sí es posible hablar de estos derechos fundamentándonos no en la reciprocidad, sino realizando una semejanza con la herencia de un patrimonio que pertenece a todas las generaciones: nuestra obligación consistiría en no limitar la igualdad de posibilidades¹⁰¹.

Advertía J. M^a. Rojo apoyándose en el planteamiento de H. Ph. Visser't Hooft¹⁰², que la persona no puede ser considerada como un individuo aislado de los demás que vive su vida de forma completamente independiente (al estilo del estado de naturaleza); cada individuo, cada persona, forma parte de su "generación" y a ésta corresponde una serie de derechos de la que deben disfrutar cada uno de sus miembros, cada persona que la componen, hayan nacido o no: "la dignidad de cada uno de sus miembros está necesitando satisfacer ya unas necesidades básicas y proyecta unas exigencias que son de justicia y que se han de traducir necesi-

op. cit., pág. 79). La segunda dificultad que tendríamos que salvar es la coincidencia en la humanidad de la condición de sujeto activo y pasivo del daño causado; resulta muy difícil establecer mecanismos efectivos para evitar los daños consentidos. Por ejemplo, a la humanidad le corresponde el derecho a la educación medioambiental, en el que coincide que la beneficiada directa es ella, la obligación de educar recae sobre ella y la obligación de dejarse educar también recae sobre ella, y esto es difícil de conjugar en la práctica. ¿Qué ocurre cuando no se articulan los medios para hacer posible esta educación? Nada, absolutamente nada.

101. Esta es la idea que transmite el citado artículo de J. M^a ROJO *Los derechos humanos de las futuras generaciones* a lo largo de todas sus páginas (193-210), pues entendía que no se trataba de un derecho subjetivo cualquiera, sino de la dignidad humana misma, por lo que el problema no se puede resolver con un simple: no existe el sujeto, no existe el derecho, sino que habría que buscar soluciones nuevas a ese problema nuevo.

102. H. Ph. VISSER'T HOOFT, "The Theory of Justice and our Obligations towards Future Generations", en *ARSP* (1987-1), págs. 30-36.

riamente en derechos"¹⁰³. Resulta evidente, desde este planteamiento, que quienes estamos obligados hacia esas personas somos nosotros, los que en la actualidad podemos disponer de cuanto afecta al medio ambiente: estamos obligados a proteger la dignidad humana de todos cuantos nos sucedan en el tiempo y esa dignidad es imposible si no cuentan con un entorno adecuado, con un medio ambiente digno. Y esto es precisamente lo que hace a J. Ballesteros reconocer a las futuras generaciones como "sujeto específico" del derecho al medio ambiente¹⁰⁴.

Las distintas concepciones discurren desde un extremo a otro, desde el reconocimiento de un auténtico derecho a las futuras generaciones, aun a costa de la necesidad de innovar y renovar las actuales categorías jurídicas que lo precisen, hasta el extremo de negar siquiera la existencia de una obligación moral o ética de guardar el medio ambiente adecuadamente para los que vengan.

Para J. Rawls -y con él, para el contractualismo en general- no estaríamos ante una obligación racional¹⁰⁵. R. Attfield, favorable al reconocimiento de las futuras generaciones, presenta una elaborada crítica a esta concepción contractualista, que tan sólo admite como punto de partida obligacional la negociación libre en igualdad de condiciones de todas las partes intervinientes; en esta concepción tan sólo caben los iguales y, entre éstos, sólo

103. Cfr. *Los derechos humanos de las futuras generaciones*, op. cit., pág. 198.

104. "El sujeto específico, cuya protección coloca en primer lugar el derecho ambiental, son las futuras generaciones. Desde fines de los años 60, aparece la conciencia de la responsabilidad por acciones presentes que tienen efectos irreversibles para el futuro, como el efecto invernadero, los residuos nucleares, etc.". *Ecopersonalismo y derecho al medio ambiente*, op. cit., pág. 19.

105. Así de claro es J. Rawls, que niega la existencia de una verdadera obligación, de modo que el respeto del medio ambiente en atención a las futuras generaciones es tan sólo una cuestión de sentimientos, puesto que, entre otras razones, no podemos esperar nada de ellos con seguridad. Cfr. J. M^a ROJO, *Los derechos humanos de las futuras generaciones*, op. cit., pág. 208.

los que pueden estar presentes o representados¹⁰⁶, por lo que quedarían excluidas las futuras generaciones: las reglas de un contrato incluyen la necesidad de determinar las partes que intervienen, y algunas (las futuras) no tendrán reconocimiento hasta que se haya concluido el contrato, por lo que no se las puede entender representadas¹⁰⁷. Por ello, apartándose de J. Rawls, concluye "por una parte, que todas y cada una de las personas a las que podríamos hacer existir poseen relevancia moral, incluso cuando no todas ellas lleguen a vivir; y por otra, que ningún contrato del tipo rawlsiano puede ofrecernos un tratamiento adecuado de la consideración moral, pues a los seres humanos en cuanto posibles no les es reconocida la relevancia moral"¹⁰⁸.

106. Esta representación llegaría hasta los nietos, pues "los agentes adaptan sus motivaciones hasta incluir en la consideración a sus propios hijos, y son conscientes además de que éstos a su vez tendrán en cuenta a los suyos propios", pero no a los que vengan más tarde. Cfr. R. ATTFIELD, *El ámbito de la moralidad*, op. cit., pág. 76.

107. Cfr. R. ATTFIELD, *El ámbito de la moralidad*, op. cit., pág. 77. De forma muy expresiva expone Attfield la principal razón por la que la concepción rawlsiana no puede admitir los derechos de las futuras generaciones: "parecen existir dificultades insuperables a la hora de formar una asamblea finita que pudiera representar la (presumiblemente infinita) clase de seres humanos posibles". Cfr. Su *The Ethics of Environmental Concern*, Basil Blackwell Publisher, Oxford and Columbia U.P., New York, 1983, págs. 105-106.

108. R. ATTFIELD, *El ámbito de la moralidad*, op. cit., pág. 78. Golding y Patzig encuentran serias dificultades para reconocer siquiera una obligación moral. Para el primero, sólo existiría tal obligación si nuestra moral coincidiera con la de las futuras generaciones, pero dado que esto es muy difícil de saber, cualquier especulación en este terreno debe ser considerada como una irresponsabilidad, por lo que tan sólo debemos preocuparnos de nuestra inmediata prosperidad. Para el segundo, aunque racionalmente descubrimos la obligación moral de cuidar el medio ambiente (recursos, contaminación y protección biológica de las especies) y de ser solidarios con aquellos que más lo necesitan siempre que dejemos a salvo nuestras propias necesidades, sin embargo, una moral racional nunca nos podrá exigir el deber de mantener las futuras generaciones. El quiebro en su argumentación es notable y así lo puso de manifiesto J. M^a Rojo: si el cuidado del medio ambiente conlleva la protección

En una segunda posición se encuentran aquellos que reconocen al menos la existencia de una obligación moral hacia las futuras generaciones¹⁰⁹ (?). Barry parte de una idea de "justicia como igualdad de oportunidades" no sólo para la generación presente, sino para todas, de modo que tenemos la obligación de garantizar el libre acceso a los recursos de las generaciones futuras¹¹⁰, pero quedaría tan sólo como una obligación moral que no generaría derechos de ningún tipo. A esta línea de pensamiento me había adscrito yo mismo antes de este artículo, pues entendía que si bien siempre que existe un derecho también existe un deber, no siempre que nos encontramos con un deber tiene que existir un derecho, como ocurría -a mi entender- con la obligación de conservar el medio ambiente de forma adecuada para las generaciones posteriores: aun existiendo la obligación moral, no podía existir el derecho porque sus posibles titulares aún no habían nacido¹¹¹. Esto me hizo pronunciarme a favor de reco-

biológica de las especies, sean del tipo que sean y con vistas al futuro, ¿no sería racional la exigencia de conservar la especie humana? Cfr. J. M^a ROJO, *Los derechos humanos de las futuras generaciones*, op. cit., págs. 200 y 204-205.

109. Cfr., por ejemplo, R. T. DEGEORGE, "The Environment Rights and Future Generations", en D. Goodpaster y K. Sayre (eds.), *Ethics and problems on the XXI Century*, Notre Dame Press, Indiana 1979, págs. 73-85; E. PARTRIDGE (ed.), *Responsibilities to Future Generations*, Prometheus Books, Buffalo 1981; R. J. SIKORA y B. BARRY (eds.), *Obligation to Future Generations*, Prometheus Books, Buffalo 1981; B. G. NORTON, "Environmental Ethics and the Rights of Future Generations", en *Environmental Ethics* 4 (1982), págs. 319-338; P. WENZ, Ethics, "Energy Policy and future Generations", en *Environmental Ethics* 5 (1983), págs. 195-209; etc.

110. B. BARRY, "Justice between Generations", en P. M. S. Hacker y J. Raz (eds.), *Law, Morality and Society*, Clarendon Press, Oxford 1977, págs. 268-284. Más extensamente, cfr. M^a T. LÓPEZ DE LA VIEJA, "Ética medio ambiental y deberes indirectos", en J. M^a García Gómez-Heras, *Ética del medio ambiente*, op. cit., págs. 124-127.

111. Como expone J. de Lucas, no hay obstáculos para mantener que existe un verdadero deber hacia las generaciones futuras, hacia la Humanidad, que se fundamenta en el principio de solidaridad, y que como consecuencia de ese deber se pueda hablar de un derecho: "en el ámbito en que nos movemos pa-

nocer un derecho humano en el plano moral, pero no en el jurídico, pues es difícil pensar en el reconocimiento de un derecho a unos sujetos no ya indeterminados (pero determinables), sino inexistentes; mi opinión era que esta posibilidad crearía una inseguridad jurídica tremenda, ya que se nos podría reclamar en un futuro por nuestras acciones que -sin mala fe- hubieran conllevado a largo plazo un perjuicio considerable para las futuras generaciones. Además, a efectos de medidas o mecanismos de protección, por ejemplo, si ahora son evidentes los problemas que nos encontramos actualmente con la legitimación procesal en materia de medio ambiente (nuestros tribunales tratan de limitar la legitimación a aquellos que tienen un derecho subjetivo o un interés directo¹¹²), serán más numerosos si se trata de legitimación en representación de futuras generaciones.

Pero, a pesar de todas estas dificultades, hoy día se hace necesario un cambio no sólo de mentalidad, sino también de nuestra regulación para reconocer y salvaguardar los derechos de las

rece evidente que los titulares de los supuestos derechos no son los sujetos individuales, sino colectividades: la propia sociedad, la humanidad o las generaciones futuras. Por esta razón es más fácil hablar de deberes en primer lugar y después afirmar que esos colectivos tienen derechos correlativos a esos deberes" (...), pero habría que matizar que "la solidaridad no fundamenta derechos de las generaciones futuras, sino, como decíamos más arriba, deberes cuyo cumplimiento tienen como beneficiarios también a esas generaciones". J. DE LUCAS, *El principio de solidaridad como fundamento del derecho al medio ambiente*, op. cit., pág. 68.

112. Al comentar las Sentencias del Tribunal Supremo, advierte J. Jordano que la postura mayoritaria consiste en negar la legitimación a quien no tiene un derecho subjetivo o un interés directo que estén amenazados, aunque no todas las sentencias restringen de esta manera la legitimación. A su juicio, con el que coincido, "cualquier ciudadano, grupo o Administración Pública está legitimado en función de su derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado, sea o no propietario, vecino, poseedor o sujeto paciente de perturbación directas en su esfera de derechos o intereses patrimoniales". Cfr. *La protección del derecho a un medio ambiente adecuado*, op. cit., pág. 289. La sentencia del TS que amplía la legitimación es la de 25 de abril de 1989 (R. 3233). Cfr. ibídem, págs. 286-336.

futuras generaciones. H. Jonas fue uno de los que dedicó páginas y páginas a poner las bases para que esto sea posible¹¹³. Para Jonas somos responsables de la posibilidad de una vida digna no sólo de los que conviven con nosotros, sino de los que nos sucederán, y no podemos eliminar esa posibilidad, por lo que una de las vías para no dañarles sería la de reconocerles unos derechos. J. Feinberg apunta la posibilidad de unos derechos contingentes¹¹⁴, mientras que para J. M^a Rojo "existen los derechos de las futuras generaciones no sólo desde un punto de vista ético, sino también jurídico", no desde una perspectiva de la reciprocidad (que es imposible), sino porque estamos obligados a transmitir en herencia un medio ambiente digno para la plena realización de la persona, lo que conllevaría el no cerrar las oportunidades básicas para un futuro digno¹¹⁵.

En el mismo sentido se pronuncia J. Ballesteros, para quien la razón del derecho de las futuras generaciones se encuentra en esa necesidad de mantener para el futuro la igualdad de oportuni-

113. La obra de H. Joñas es ingente, aunque la que más trascendencia ha tenido ha sido su *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation*, Insel Verlag-Suhrkamp Taschenbuch, Frankfurt 1979. Cfr. sobre Joñas el artículo de L. RODRÍGUEZ DUPLA, "Una ética para la civilización tecnológica: la propuesta de H. Joñas", en J. M^a García Gómez-Heras, *Ética del medio ambiente*, op. cit., págs. 128-144.

114. J. Feinberg asemeja las futuras generaciones a los embriones, de modo que tienen la posibilidad de "llegar a ser" en cuanto a ciertos derechos; igual que un embrión, si nace, adquirirá la herencia de su padre que se ha mantenido hasta entonces como un derecho contingente (de modo que el albacea o la madre, por ejemplo, no pueden disponer libremente sobre ella), las futuras generaciones tienen derecho a heredar un medio ambiente sano, de modo que nuestra libertad a la hora de disponer de él también tiene ciertos límites. Cfr. J. FEINBERG, "The Rights of Animals and Unborn Generations", en W. T. Blackstone (ed.), *Philosophy and Environmental Crisis*, University of Georgia Press, Athens 1974, págs. 43-68. Cfr. También su *Harm to Others*, Oxford University Press, New York-Oxford 1984, págs. 87 y ss.

115. Cfr. J. M^a ROJO, *Los derechos humanos de las futuras generaciones*, op. cit., pág. 210.

dades del presente¹¹⁶. Es cierto que por encima de esto se encuentra la prioridad de satisfacer las necesidades de la generación presente, pero sin perder de vista la solidaridad con las futuras, que nos llevará a "defender los derechos de los que no son actualmente autoconscientes y libres, como las futuras generaciones"¹¹⁷. Quizás haya llegado el momento de proponer cambios drásticos en las categorías jurídicas, pero no podemos cruzarnos de brazos ante los problemas medioambientales del futuro argumentando que no existe solución. También en el siglo XVIII encontró sus problemas la categoría "derechos humanos" o "derechos del hombre" y, sin embargo, hoy nos parecería un extraterrestre quien quisiera prescindir de ella. Dónde quedan las afirmaciones de las cabezas pensantes de aquella época que negaban los derechos del hombre, la igualdad, la libertad, etc. Hoy nos ocurre algo parecido; rechazamos los derechos de las futuras generaciones porque el derecho positivo no contempla su posibilidad y no las regula detalladamente, pero afortunadamente comienzan a ser más frecuentes los textos internacionales, como la Declaración de Río, que las tiene en consideración.

116. J. BALLESTEROS, *Ecopersonalismo y derecho al medio ambiente*, op. cit., pág. 20.

117. Loc. cit, pág. 25.